

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

TOPONIMIA

ALCAZAREÑA

TERCERA PARTE

FASCICULO XXIX

NOVIEMBRE 1969

LOS SUCEDIDOS

El concepto de sucedido es tan amplio en Alcázar que se confunde con otros varios difíciles de diferenciar.

En sí es hecho, suceso o acontecimiento ocurrido, sucedido, naturalmente, pero vemos en lo publicado que el sucedido muchas veces es mera anécdota, otras parece cuento o alcanza categoría de proverbio y en todo caso si como fábula alecciona y como apólogo moraliza, alcanza a menudo categoría de rasgo ancestral de nuestra raza, valedero para nuestro conocimiento, porque los cuentos arrancan de la época primitiva de la Humanidad, como necesidad congénita de la especie, y según las variantes se pueden conocer por ellos las cualidades de los núcleos humanos que los produjeron. Es decir, que no son chistes, aunque hagan reír, ni sandeces, aunque su candidez les haga parecer necios. Son lo que fue el mundo que los creó y en nuestro propio vivir, vemos como prueba, que lo visto u oído de chicos, mantenido vivo por transmisión oral, es ya para algunos como fruto de la imaginación o novela, como nos lo parecen a nosotros los cuentos de LAS MIL Y UNA NOCHES que es una síntesis vital de un sector humano considerable.

No es despreciable, pues, la importancia de los sucedidos ni baldía su inclusión en una obra como ésta, deseosa de penetrar en la psicología de un pueblo, en sus costumbres, en sus creencias y sentimientos más o menos rudos, pero que se da hasta sus normas morales en esas fábulas, como nos enseñó el Señor con las parábolas, pues del cuentecillo se llega al adagio, al refrán y al proverbio.

El sucedido no solo define al personaje de cuya boca salió, sino toda una época del lugar, con las opiniones candentes que escapan a la labor fría del historiador y tiene por tanto un valor sociológico transcendente, con la ventaja, como nos decía Azorín, que no son informaciones librescas, sino brotes espontáneos de nuestro natural, pruebas concretas de nuestro modo de ser y de apreciar la vida, con nuestras dudas, nuestras vacilaciones y nuestras perplejidades, destellos de nuestra mente, que no son cuentos, como con el tiempo llega a decirse de ellos, aunque por ello sean uno de los hechos más notables de la vida de los pueblos y a la postre la demostración o mejor prueba de cómo se ha desenvuelto la vida en cada sitio, que es su romance o novela que se hace historia al cabo.



ENTREGA

Me satisface poder dejar estas notas a mis sucesores y ayudarles en el conocimiento de su pueblo para que lo amen mucho, pero me satisface más, de momento, poder entregarlas a la discusión de mis contemporáneos y al prurito de los mozos de mi tiempo por cual sabe más o recuerda mejor. Nadie como ellos puede cotejar los detalles, puntualizar mis equivocaciones y perfilar las restauraciones que lo merezcan para adorno y honor del pueblo. Pero que se sepa lo que piensan porque la sabiduría que no se dice o se demuestra de alguna manera no es sabiduría ni sirve para nada.

Hay ya bastantes detalles en estos apuntes que deberían reincorporarse a nuestro vivir para realzarnos conservándolos y ello dirá si es bien que se destapen o por el contrario deberán permanecer ignorados, silenciosos y cubiertos de polvo como el arpa Beckeriana.

INDICE

Contraportada 1. ^a
Los sucedidos
Página 1. ^a
Entrega
Página 2. ^a
El Pueblo Viejo
Página 10
El Pueblo Nuevo
Página 17
La otra cara del cerro
Página 23
Se extiende la Villa
Página 25
Calles bien timbradas
Página 28
Calles olvidadas
Página 32
Calles secundarias
Página 34
Calles indeterminadas
Página 39
Calles de enlace
Página 40
Actos primeros del Casino

EL PUEBLO VIEJO

Lo es el enclavado en el Navajo o nava pequeña de Santa María, pero para puntualizarlo es menester remontarse en las investigaciones a épocas anteriores a las consideradas hasta ahora puesto que el 1750, un siglo antes del paso del ferrocarril, ya existían todas las calles actuales salvo las que nacieron favorecidas por la Estación, no en pocos casos prolongaciones de las ya existentes.

El Navajo, comprendido entre los dos arroyos, el Cordobés y el de los Alboyones, nos ofrece calles notables, como la que vimos de Santa Ana, tanto por el número de propietarios, como por su calidad y la importancia de las edificaciones, cambiadas, pero no superadas en el presente.

Hay que considerar como primitivas todas las calles que emanan de Santa María hacia la falda del Navajo, que lo son la de Santa María, San Juan, Santa Ana, Puerta Cervera, Altozano, Pozo Coronado y sus contornos y Carrasola.

La necesidad obligó a saltarse los arroyos y nacieron Santa Quiteria y su núcleo, cubriéndose de casas y de casas las más importantes, todas las faldas de los cerros que precedían a las Santanillas.

Pero entre tanto que pueda realizarse esa investigación, veamos lo que pasaba en el Navajo y sus suaves laderas por el 1750.

Al tratar de las Placetas vimos lo poco poblada que estaba la de Santa María con tres propietarios solamente, aunque tuviera la Iglesia y el Cuartel ocupando dos de sus laterales.

La calle de Santa María no era de las más pobladas, tenía ocho vecinos entre los cuales se sacan los siguientes detalles ilustrativos.

Mateo Morales, que linda a oriente con la calle, dice que linda al poniente con el camino de Herencia y por cierto que al norte con Francisco Rincón, lo que prueba que ya andaban por allí los Rincones y puede, puede, que eso de lindar con el camino no estuviera largo de la casa de Chavicos, por detrás.

Pedro José Delgado linda a oriente con la casa del Santísimo de Santa María y al norte con la calle, y María Tejado linda al poniente y norte con la casa de dicha Parroquia.

Ana Romero tiene la casa junto a Santa María y linda a oriente con calles públicas. Ana Leal también la tiene junto a la Parroquia de Santa María y linda al saliente con la Placeta, y Ana María Millán —tres Anas seguidas— linda a oriente con la calle, al poniente con una callejuela y al norte la casa de Santo Domingo.

Se plantean varias dudas. ¿A qué callejuela se refiere la María Millán? ¿A la de enfrente de Chavicos o a la de arriba que da a Palacio? ¿Qué casa es esa de Santo Domingo en la calle de Santa María?

Son pocos los vecinos, desde luego, pero la calle era mucho más corta y ya veremos las dificultades que ofrece para considerarla en su forma primitiva, pero no perdamos el orden.

La calle de San Juan, otra de las varillas del abanico de Santa María,

era como la calle Real del barrio, con treinta propietarios de casas, los que creo que no tiene ahora.

Sería prolijo detallarlo todo pero entrasacaremos lo que sirva para el conocimiento general.

Francisco Moreno Ortega lindaba a oriente con una casa del Cabildo de Santa Quiteria, al sur la calle de Santa Ana y al norte con la calle de San Juan.

Juan Camacho, que tenía su cueva con tres tinajas que cabían 40 arrobas, lindaba a oriente con un alcazel de su propiedad y al norte con la calle.

Inocencio Octavio linda a oriente con la Placeta de la Rubia, sur y norte calles reales. Esta puede ser la casa del Moralo, aunque es muy pequeña, pero la suya lo era y luego le añadió. Tenía 7 varas de frente, 4 de fondo, 5 de patio y corral de 6.

Hay varios Velas en la calle, Marcos, Antonio, etc., cuyas descripciones no ofrecen interés. Juan Octavio linda a oriente con casa de las Monjas de San José, tiene al sur la calle de San Juan y al norte calle Real ¿?

Vivía en la calle un maestro de escuela, Juan Martín Chocano, que tenía la calle a oriente y al poniente otra casa de las Monjas de San José.

Francisco Millán, chocolatero, con su cueva de 4 tinajas que cabían 120 arrobas, lindaba por el poniente con el convento de San José y al sur la calle. Son de mucho interés todos estos linderos para delimitar el convento cuando se pueda.

Manuel Escudero, molinero, también con su cueva de dos tinajas que cabían 70 arrobas, dice que linda a oriente con la calle y al norte con la calle de Morón. Véase como tenía que ser la casa, aunque tenía 16 varas de fondo, patio de 7 y corral de 12.

Agustín Peñuela, panadero, no ofrece interés ni Manuel Díaz Mínguez, molinero. Catalina Díaz Gil lindaba al norte con la callejuela.

Ni Fernando Botija ni el panadero Francisco Rica ni el batanero Antonio Díaz Carrascosa tienen detalles ilustrativos, pero Damián Mayorga, lindero de Juan Octavio, que tiene al sur la calle, linda por el poniente y norte con la callejuela del Toro.

María Ligeró, de Toledo, no ofrece interés, pero Antonio Rubio, de Pozorrubio, que tenía al sur y norte la calle, lindaba al poniente con casa del Cabildo de Santa Quiteria.

La Puerta Cervera era la salida natural al campo del pueblo aquél, calle Real, no porque se distinguieran con este apelativo todas las vías públicas, sino por sus matices egregios, magnificencia, encabezada por la Torrecilla, tutelada por Barchino y transitada desde el origen por las labores más vistosas y las cosechas más completas. De ella quedó referencia detallada en el capítulo de Puertas de la Villa.

No existía la calle del Salitre que fue la senda trazada por la gente para bajar a la Real Fábrica directamente, pero en cambio tenemos, como otra varilla del abanico de Santa María, la calle del Rubio, mucho más poblada que en la actualidad, con veinte dueños de casa, que siguiendo la norma de las calles anteriores no consignaremos más que

en los detalles que hagan relación al conocimiento general de la Villa, contando con que había solares, uno lindero de José Caravaca y tierras, una lindera de Catalina Lara.

José del Valle renueva dudas anteriores al decir que linda al poniente con el molino de Pedro Mantilla.

José Jiménez Carrizo, linda al sur con solar de la Villa, luego no era uno solo, y al norte con un corral de Juan Cardona. ¿El del Pozo?

Antonio de Ubeda dice que tiene la casa en la Placeta del Rubio. No encontramos antes ninguna placeta con ese nombre y pudo interpretarse como tal el anchurrón que tiene la calle en su entrada, pues dice que linda a oriente con la placeta, sur y poniente las calles, que es como estaba.

Juan Romero Negrillo linda al poniente con la calle y al norte con la salitrería de Sebastián del Río.

Isabel Díaz Maroto linda al saliente con la salitrería de Vicente del Río. Esto quiere decir que las Salitrerías ocupaban todo el Pozo Cardona actual.

Antonio Calcerrada, linda a oriente con la casa de Vicente del Río, sur la calle y poniente la Placeta, que sale otra vez.

Antonio Palomares linda al sur con tierra de las Religiosas de San José y Juan Millán, del Colmenar Viejo, linda al sur con la calle.

Los pocos detalles que anteceden dan la seguridad de que la calle del Rubio es, como la de Santa Ana, la misma de antes.

En cuanto a estos Sebastián y Vicente del Río, con casa y salitrerías en la calle del Rubio y linderos del Molino de aceite de Mantilla, recuérdese que son también sus linderos en el callejón de la calle del Verbo, hoy calle de Tintoreros y ya se ve que el molino de Mantilla estaba allí, pero todavía hay más: en el Navajo hay un solo vecino, Isabel Guillén, que declara tener su casa en lo que dicen el Navajo, lindando a oriente con el molino de aceite de don Pedro Mantilla. Recuérdese que el terreno hacía allí bastante terreplén también, lo que justifica el nombre de NAVAJO.

Las anteriores calles son cortadas más o menos oblicuamente por otras mencionadas en capítulos anteriores y que completaremos ahora. Una de ellas la de Morón, bastante larga, que termina en la supuesta placeta de Cebailla, bifurcándose hacia lo que debió ser el Convento de San José, que debía ocupar una extensión grande y la calle del mismo nombre.

Tenía la calle de Morón ocho vecinos, entre ellos Juan y Manuel Fernández Mazuecos, los dos lindando al poniente con la calle, con oficinas de labor y Juan con cueva de 5 tinajas que cabían 150 arrobas. Los dos sin detalles ilustrativos, pero Bernardo Pílero que lindaba con Juan, lindaba al sur con la callejuela de las Monjas y tenía al poniente la calle. Esta callejuela debía ser la que iba y va hacia el granero de dichas monjas que todavía existe. Los demás vecinos no ofrecen nada de particular, pero hay una calle de las Monjas, que se refiere a las Monjas de San José, que eran las ricas y las que figuraban, en la cual encontramos nuevamente y como primer vecino a Vicente del Río, primo

y lindero de don Pedro Mantilla en la calle Mojados y callejón de la calle del Verbo, hoy calle de Tintoreros, al cual hemos visto también lindando con el molino de Mantilla en el Navajo. En la calle de las Monjas tenía don Vicente una casa de planta baja. Creo que esta calle sería la misma de San José, que por las monjas lleva dicho nombre y que daría a ella seguramente, en cuyo caso las calles y casas que hay hasta el granero constituirían el terreno del Convento.

La calle de las Monjas, digamos de las Monjas de San José, tenía siete vecinos además de don Vicente, pero con pocos detalles ilustrativos. Ana de Acuña linda con Juan Mazuecos, que hemos encontrado en la calle de Morón.

Tres vecinos, aparte de los anteriores, describían sus casas como enclavadas en la calle de San José, omitiendo lo de las Monjas, pero no resta claridad a la hipótesis antedicha, porque Francisco Rodríguez, de oficio dorador, que vivía allí, dice que su casa está frente al Convento de las Religiosas de San José y linda a oriente y sur con casas de dicho convento, y al poniente con Francisco Martínez, natural de las Puebas.

Juan Fernández Mazuecos, el de la calle Morón, de oficio tejero, tenía allí otra casa o llegaría allí la misma, lindando a oriente y norte con dicha calle y al poniente con Francisco Francho, apellido que luego tuvo resonancia ferroviaria.

El otro vecino de estas características, era Bernarda Ximénez y lindaba al norte con la calle de las Monjas de San José, confirmando todo lo dicho.

Como las Plazas, enclavadas en esta demarcación, ya fueron descritas, hemos de dejarlas y tomar la vuelta por Santo Domingo, calle importante entonces por lo acaudalado de la vecindad. Eran siete vecinos, pero tan bien aprovisionados que ninguno podía con las talegas.

Allí encontramos otra vez a doña Angela López Villaseñor, la de la calle de San Francisco, con la mitad de una casa proindiviso con los herederos de Rosa Cervantes.

Doña Ana María López Perea, de estado Hidalgo, que linda a oriente y poniente con calles reales.

Doña Isabel Romero Salcedo, de estado Hidalgo, linda al sur con la calle, poniente Juan Cervantes y al norte calle Real.

Don Fernando de Aguilera, de estado Hidalgo, su casa de esta calle linda también con Juan Cervantes, al sur la callejuela que va del pozo, al poniente Rosa Maroto y al norte la calle.

Doña Isabel Salcedo, que dejaba en pañales a los Hidalgos, tenía casa alta y baja, oficinas y un cocedero de 18 tinajas que cabían mil arrobas. Su casa era la mayor, medía 22 varas de frente, 16 de fondo, patio de 8 y corral de 20.

Doña Rosa Montero, lindaba al norte con la calle y don Francisco Cepeda lindaba al poniente con la Cárcel y al norte con la calle.

Sorprendentemente no se encuentran en esta calle detalles de ningún Hospital, creyéndose que existiría. Sigamos.

Al tratar de la Plaza del Sol se vio que los trazados de la entrada de Santo Domingo, Santa María, Morón y Príncipe, tienen que haber sido

tal alterados que no es posible imaginárselos. En la calle del Príncipe sólo vemos dos vecinos, José García Cervantes, que linda a oriente con casa de las religiosas de San José, al sur la calle, poniente y norte salitrerías de Su Majestad, luego el campo llegaba hasta ella. El otro vecino no tiene ningún detalle de interés. La duplicidad de nombres induce a error y en el caso presente nos hallamos con que sólo los Hidalgos consideran sus casas en la calle de Santo Domingo, pero la calle estaba mucho más poblada, pues había otros diecisiete propietarios de casas, de nombres muy conocidos y no mal pertrechados que distinguían la calle como de la Cárcel y a los efectos de cotejar detalles para la Historia son mucho más útiles que los Hidalgos.

Don Juan Julián Millán Jareño era uno de los vecinos, con dos casas, una del Vínculo de Pedro Millán Jareño, que debía ser su padre y otra de bienes libres. Ambas lindaban al sur y poniente con calles públicas, casas grandes, como la de Juan Díaz Romeral con tinajas para trescientas arrobas y linderos que suenan mucho, Andrés Raboso, Sebastián Roperero, etc.

Juan López Ortiz, con vivienda alta y baja, linda a oriente con el Hospital de los Angeles. Ya salió lo que se esperaba, pero ¿cuál era el Hospital? Juan dice que lo tiene al saliente y que linda al sur con la calle de Morón, al norte calle Real y al poniente la casa de Romeral, pero Romeral dice que linda a oriente y sur con calles públicas, al poniente con Sebastián Roperero y al norte con Juan López Ortiz, y tiene Romeral 28 varas de frente, 16 de fondo, 6 de patio y 30 de corral, y aproximadamente lo mismo López Ortiz.

Que yo recuerde, a la calle de Morón no da más que la casa del tío Laureano y no sé si la de Garrido, pero Ortiz dice que tiene al poniente a Romeral y éste que tiene a Ortiz al norte y yo declaro que de momento no veo el Hospital. ¿Podría ser que no existieran las casas del tío Laureano y Garrido y que el hospital lo fuera, como sucedió después, el de la Capilla de la calle de Santa María? Las alteraciones de alineación apreciadas al hablar de las Plazas hacen admisible esta hipótesis, pero veamos si hay más datos.

Antonia García de Ubeda, que tiene en la calle de la Cárcel vivienda baja con cinco tinajas que caben 200 arrobas, dice que linda al sur con la calle, poniente José de Silva (para que se vea que sigue el rango), y al norte con la callejuela del Príncipe, detalle que nos deja ya sin saber por dónde vamos, porque a ver quién liga la calle de la Cárcel con la del Príncipe y todavía, Manuel Ximénez, en una partición con su hermano Pedro Ximénez de la Castellana, lo acaba de arreglar, diciendo que linda a oriente y norte con la callejuela de Morón, al sur la Placeta de Santa María y al poniente la calle de la Cárcel. Ahí de los entendidos.

Detalle de interés lo es el de Catalina Alvarez de Lara al decir que tiene su casa en la calle de la Cárcel del Vicario, que deja claro el nombre y su origen. Tenía al sur la Cárcel del Vicario y al norte la casa de don Francisco Nieva, lindando a oriente y poniente con calles reales. Tenía doña Catalina una casa bien grande.

María García lindaba al saliente con la callejuela, sin decir más.

Antonio Guillén daba al saliente con la calle Real, sur y poniente casa de la Parroquia de Santa María y norte Juan Díaz Maroto.

Lorenza Sánchez, chocolatera, linda al sur con la calle, al saliente con Romeral, oriente y norte con la calle, para complicar más las cosas.

Pedro Díaz Pajares, chocolatero, linda a oriente con la viuda de Andrés Raboso, al sur Juan Millán Jareño y al poniente la calle.

Y todavía quedan varios vecinos complicados, sobre todo dos, don Juan Francisco Santa María, de Sevilla, que dice lindar al poniente y norte con las carnicerías de la Villa, es decir, el matadero y Gerónimo Díaz Rosel que linda a oriente dicha calle con la que va a la Fábrica y poniente y norte con Juan Santa María.

Evidentemente nos hallamos ante un caso de estructura totalmente distinta de la que conocemos y la tradición nos hace recordar, en ese núcleo del cual arranca la expansión de la Villa y parece ofrecérsenos en ebullición para saltar al arroyo.

Ya existía la calle de la Paloma, con dos vecinos, María Ruiz y Vicenta García Peñuela, ésta lindaba al poniente con la era de José Valdeceagua, sin más detalles.

Con ésto queda terminado el barrio con arreglo al año 1750 debiendo saltarse la línea de la Puerta Cervera, desde la calle de San Francisco que es por donde iba y va la corriente y nos encontramos un tanto perplejos en lo ancho de la actual calle del Mediodía, que sirve de entrada a todas las calles del otro lado y no sabemos cómo la conceptuaban. Vayamos despacio.

Al salir a lo ancho, desde la Placeta de la Rubia, nos encontramos enfrente la calle de Almagueta, con ocho vecinos, pero con don Diego Moreno Barchino basta para llenarlo casi todo, como ya consta en diversos capítulos. Los demás tienen poco interés informativo. Francisco Piernagorda aparece como lindero, luego vivía allí.

Por la calle Almagueta vamos al Altozano, lugar no muy elevado pero ancho y ventilado, cuyo piso era una sola roca que la erosión y el trajín fueron moliendo y haciendo barro.

Como se sabe ya, fue también lugar preferido por los hidalgos. Allí tenía casa don José López Guerrero, don Francisco Saavedra Quintanilla, que lindaba a oriente con la callejuela del Pozo Coronado (Fray Patricio Panadero actual) y al norte la Plazuela, doña Isabel Suárez Quintanilla, de estado Hidalgo que lindaba a oriente y sur con la calle de Almagueta, al poniente Santiago Díaz Roperero y al norte la calle del Cautivo, con alineaciones distintas a las actuales, claro.

Don Fernando Aguilera, de estado Hidalgo, tenía en dos casas todo el frente del saliente, es decir, las casas de don Aurelio y de Eduardo Castellanos, lindando por la última y al norte con la calle de San Francisco y por la primera y al sur con la calle del Cautivo.

Los demás vecinos, que son cuatro, del estado llano pero bien cubiertos de riñones, no ofrecen detalles dignos de mención.

Y en cuanto a la calle del Cautivo, que hemos visto aludida como colindante de algunas casas del Altozano, tenía siete vecinos y no eran

pocos porque los corrales de la calle de San Francisco le quitaban mucho terreno y se lo siguen quitando.

Aun teniendo en cuenta los cambios que hayan sufrido las cosas, hay en estas descripciones detalles desconcertantes y uno de ellos es el que nos ofrece el vecino de la calle del Cautivo Antonio de Lara, que linda al sur con otra de Blas Sánchez Bao, que puede ser la que figura en la calle de la Pringue, pero que al norte da a la calle del Cautivo y al poniente la Placeta de los Herradores. Ante las dudas se había supuesto al hablar de las plazas que la de Herradores pudiera serlo el anchurón frontero a la botica de don Gonzalo y ahora resulta que no puede ser y que con muy buena voluntad podría serlo la Plaza de los Dolores. ¡Quién sabe!

Los otros seis vecinos tienen pocos detalles, Alfonso Díaz Roperó está cerca de su hermano Santiago, bien acomodados y con la calle al norte.

El lindero de Aguilera era Juan García Salamanca, Francisco Guillén lindaba con el Mayorazgo Merino. Lindero de Juan Alfonso Ortiz era Tomás el Sastre.

Allí vivía como se sabe el cirujano Jiménez, que dice lindar al poniente con los herederos del Cautivo y al norte otra de don Fernando Aguilera. Qué interesante poder indagar lo del Cautivo que se ve ya próximo a ésto. ¿Quién pudo ser el cautivo? ¿Cómo, cuándo y con quién lo estaría?

En nuestro tiempo hemos tenido un prisionero, que sí, dió mucho ruido, porque lo dió todo el grupo, pero que no ha dejado huella.

Descontados los pozos, cruces, plazas y placetas, nos quedan por considerar en el pueblo viejo, la Mina, que es el arroyo circundante, y la Carrasola, con las indeterminadas Romeros y Marotos, que pudieran estar enclavadas o próximas a esta demarcación.

La Carrasola no era camino para ir a ninguna parte, pero era más, era el paso hecho por los pastores para ir a dar agua desde el camino de Manzanares al pozo Coronado y como hecho por los ganados, desparramado y sin límites regulares. Calle hermosa, que ya en 1750 tenía cerca de veinte propietarios de casas, pero como calle de pastores poco ilustrativa para el conocimiento general. Francisco Brazazos era uno de los vecinos. Juan Santiago tenía la mitad de una casa partición con las Animas y lindaba con otra de San Francisco. Clara López también lindaba con la de las Animas. Y nada más.

La Mina tiene las mismas características de la Carrasola, salvo el hecho de haberse saltado las casas el arroyo saliéndose de su primera circunscripción. Ni los vecinos en sí ni la descripción de sus propiedades ofrecen ninguna novedad.

En cuanto a la posibilidad de que la calle Romeros estuviera enclavada en esta demarcación ya se indicó la probabilidad de que lo fuera el trozo de calle Resa comprendido entre las calles de San Francisco y Mediodía, incluso que esta última fuera su continuación.

Ahora nos encontramos con que sólo hay dos vecinos, don Antonio López Guerrero, de estado Hidalgo, que linda por oriente con doña An-

gela Villaseñor, como ya se vio al tratar de las moradas de los Hidalgos. Al sur y poniente daba a calles Reales.

El otro vecino era don Juan Casimiro Zeledón, el propietario que más casas tenía en Alcázar y en ésta tenía dos, una de planta baja, que lindaba a oriente con la de Blas Sánchez Bao, el mismo que hemos visto antes en la Plaza de Herradores, teniendo Zeledón al sur de esta casa la calle de la Pringue, al poniente la calle Resa, cosas confusas, aun dando las casas a las dos calles.

La otra casa que habita don Juan Casimiro en la calle Romeros, de vivienda alta y baja, bodega y cueva con 30 tinajas que caben 1.200 arrobas, se situó equivocadamente en la calle Nueva al relatar las moradas de los Hidalgos, a causa de que Zeledón tenía allí varias casas. Esta de la calle Romeros, lindaba, como allí se dice, con la casa de Juan Rafael Bobadilla por oriente, al sur la calle, al poniente la casa del Cintero y al norte la de Diego Ibáñez.

Dejemos sentado provisionalmente que la calle Romeros era por lo menos este trozo de calle Resa.

Sobre la calle Marotos se aventuró una vez la hipótesis de que lo fuera la del Mediodía. Después se pensó que pudiera serlo la del Verbo y ser conocida ésta por los dos nombres. Nos encontramos ahora con que la calle Marotos tiene con ese nombre 8 vecinos, con el hermano y la hermana de Barchino en ella, que por cierto se apellidan Cervantes—Manuel Barchino Cervantes— y sin embargo ninguno de los 8 vecinos da un detalle que permita asegurar cual fuera la calle, incluso el polvorista Manuel Lizcano, que vive en ella y con una gran bodega, tampoco dice nada.

La calle del Verbo que tiene 20 vecinos, entre ellos Mantilla con dos casas, ocupando una extensión enorme, tampoco deja traslucir nada, ni Blas Sánchez Bao, al que acabamos de ver en la calle de la Pringue.

Antonio Castellanos, que tiene dos casas y es lindero de Mantilla, dice que linda a oriente con la callejuela de Mojados, confirmando que así se llamaba la calle de Tintorereros actual. Juan Núñez, panadero, que tiene vivienda alta y baja, linda a oriente con la calle y al sur la callejuela del Verbo, que es otro nombre con que se conocía el callejón de Mojados. Se ve que la casa del panadero es la de enfrente de Mantilla. Otro Herrero que vivía allí lindaba con Mantilla por abajo.

Don Francisco Rioja lindaba al sur con la calle Montes, detalle que nos da seguridad de ser la calle del Verbo, la que hemos conocido con este nombre.

Ninguna referencia concreta de las Iglesias se hace en esta relación pero quedan bien aludidas todas las que había en este primer sector.



Ocasión

Se venden encuadernados los veinte primeros fascículos de esta obra, en el precio de cuatro mil pesetas.

Es menos de su valor efectivo y se aplicarán para ayuda de los gastos de nuevas publicaciones.

Razón en la Imprenta.

EL PUEBLO NUEVO

Los caminos y las corrientes han sido siempre el tope a la expansión de las construcciones y Alcázar tiene las mejores pruebas de ello con la Estación y con los arroyos, pero todo organismo al crecer rompe el zurrón en que se engendró, arrojando los riesgos que implique su manumisión y Alcázar se saltó las corrientes por lo más fácil, por los puntos más llanos de la Plaza, del Altozano y del Arenal, para tomar las cuevas arriba y apartarse de los peligros de las corrientes creándose el amparo de los templos para el nuevo caserío, Santa Quiteria y la Trinidad y su cementerio de San Sebastián en las alturas.

El pueblo nuevo nos ha llegado en toda la pujanza de su juventud ofreciendo al observador el soberano contraste de las leyes de la creación, el orgullo juvenil y la resignación de la senectud, el alejamiento de la crecida y la caída de lo que se pudrió para alumbrarla, que en Alcázar, oreada su mente con los aires del mundo, ha sido olvido y desdén, porque el viajero, deslumbrado por las lentejuelas que circulan, no vió la trama en que se prendían y se sintió humillado por su ajuar y por su casa, cuya pobreza no supo apreciar, y los tiró.

¡Qué soberana lección recibirá el que se siente en una pasaera de la Plaza a ver correr el agua, observando de dónde viene, a dónde va y lo que deja a uno y otro lado! Presentará el pueblo viejo, traspuesto y oculto por las bruñidas cristalerías, no remendado como los pantalones de un yesero, que sería lo natural, sino salpicado el traje de pretendidos adornos, discrepantes y pretenciosos. No hay remiendos del mismo paño ni piezas tan bien echadas que nadie las note salvo por el color que le da el uso y el tiempo. Se ha olvidado el remendar y el zurcir y todo lo del hogar y el hombre pensativo de las pasaeras, aturdido por los ruidos y el bullicio que tiene detrás, se ampara en su propio pensamiento con ganas de volverse atrás del arroyo y no volverlo a pasar. Pero dejémosle en sus maquinaciones y veamos por dónde se fueron los nuevos pobladores que empezaron por instalarse en las corrientes, haciendo la Mina, la calle de San Francisco, la Corredera y la calle de Toledo.

La Mina, cuya corriente imponía y constituía un obstáculo insalvable muchas veces, necesitó extenderse enseguida y se formaron las calles de Pascuala, Cruces y Virgen, esta última, como ya se ha dicho, creada en realidad por el culto a la Virgen instalada en el convento de las Monjas de la Concepción.

La calle Pascuala fue la primera en formarse y seguramente la más favorecida por la vecindad, calle de pastores y de amos. Don Francisco José de Resa y Marañón tenía allí dos casas, una en cada acera, una al poniente y otra al saliente, una de bienes vinculados por don Alonso Díaz Maroto y otra de bienes libres.

Don Pedro José Rioja, de los bienes vinculados por don Juan Maroto del Río, tenía oficinas de labor, cuatro destetes para ganado mular, bodega con dos tinajas que cabían 120 arrobas y situación al saliente, lindando por detrás con la Mina, que pudiera ser la de Cartagena.

Son en total unos 22 propietarios y entre los linderos están muchos

de los ricos de la villa, empezando por Aguilera que no faltaba en ninguna parte.

La María Botija, lindera de Rioja y con tanta casa como él, también daba a la Mina, con una fachada de 30 varas.

Juan Martín Soldado, con su hermana Paz, tenía algunas particularidades. Estaba en la acera de Primitivo, como Rioja y lindaba al saliente con la calle, al poniente la Mina, al sur lindaba con la huerta de Juan Antonio Olivares, por lo tanto en el campo, y al norte una placeta. ¿Qué placeta sería esa? ¿Se trata de la placetilla que hay al final de la callecilla que sale enfrente de la bodega de la Luz, donde están las portadas de Churrín? En tal caso la casa citada señala el límite de la calle cuyo final en ese sitio era la huerta de Olivares.

Ursula Ortiz también lindaba al sur con la huerta de Olivares y al saliente con eras, luego en la otra acera tampoco pasaba la calle de ese punto.

Juan Utrilla lindaba al saliente con tierra de Isabel Mercado y Agustín Rubio, tendero, también. Los demás vecinos hasta el número indicado no tienen detalles de interés.

La calle de las Cruces tiene justamente la mitad de la vecindad que la calle Pascuala, casas mucho más pequeñas y vecindad menos significada, siendo uno de sus ocupantes el sangrador Gregorio Bermudes, un panadero, Alfonso Palomares y un tejedor, Juan Jiménez. Francisco Romero lindaba al sur con una tierra de Guerrero y no hay más detalles entre los once vecinos, ni otras calles más que la de la Virgen que tiene diecisiete vecinos entre los que encontramos a Rioja, Sánchez Bao, los barreros y Mecos que ya andaban por allí con su botijería.

Manuel Preñado vivía allí y tal vez en la esquina de las botijeras por que lindaba al norte con el ejido.

Pedro Coronado, que linda con Miguel Preñado, dice que linda a oriente con el camino que va a dicha calle y al norte con el arroyo de la Mina.

Antonio Pozo dice que linda al poniente con la callejuela de don Eugenio, de la que se ha hablado alguna vez sin saber por dónde estaría. Aunque no esté aquí claro cual sea, al menos se sabe el rodal.

Agustín Jiménez Soldado, tratante de Cordobán, tiene un cuarto bodega de 10 tinajas que caben 460 arrobas, linda a oriente con una casa de José Barchino, al sur la calle y al norte el arroyo de la Mina. Parece tratarse de la casa del Quero.

Manuel, hermano del anterior, tiene también al norte la Mina.

El panadero Abengózar tiene la Mina al poniente.

Uno de los Mecos, José, alfarero, como todos, tiene la calle al sur y linda al saliente con las eras.

Juan Rioja, con 9 tinajas de 250 arrobas en total linda también al norte con el arroyo de la Mina y Ana María Izquierdo, de la Mota del Cuervo, tiene la mitad de una casa partición con Manuel Soldado.

Es sorprendente y lamentable la falta de información pero no hay más y por ahí se acaba el pueblo totalmente, sin que quede más que el

convento de las Monjas, solitario en una gran extensión, teniendo que retornar y entrarse por el final de la calle del Tinte que contaba con cuatro vecinos, uno de los cuales, Marcos Montealegre, linda al saliente con huerta de don Diego José Guerrero, que confirma lo dicho al hablar de la Bodega de la Espada. Catalina Martín Espadero, lindaba también con Guerrero y con Rioja y su hermana Josefa lo mismo y además con otra casa de Nuestra Señora de Santa María y al poniente la calle, por donde pasando el Altozano llegamos a la calle de San Francisco, vía principal en la época comentada, que se hizo allanando el arroyo para andar y como todas nuestras corrientes, faltas de cauce, se extienden y anegan los terrenos por donde cruzan, pero no se iban a ir los vecinos de repente a edificar en las Santanillas y se quedaron ahí, en lo más cercano, aunque tuvieran que hacer pasaeras para comunicarse con el pueblo los días de lluvia y si la corriente fuera permanente hubiera sido inevitable un puente en su lugar.

Perpendiculares al arroyo de la calle de San Francisco se fueron haciendo las calles principales por la cuesta arriba, siguiendo las ondulaciones del terreno, Verbo, Resa, Castelar. Y lo mismo las que bajan a la Trinidad y las que siguen hasta el Santo.

Veinte dueños de casa tenía la calle de San Francisco en la época comentada.

La primera doña Angela López Villaseñor, de la que ya se conoce su casa probable por lo dicho en las moradas de los Hidalgos, que lindaba con el boticario Manuel Flor por el norte y salía a la calle del Cautivo por el sur dejando al poniente la calle de San Francisco.

Nuevamente nos encontramos en el recinto de la casa de las Comedias, llamada corral por uno de los colindantes con nombres nuevos de linderos.

Joaquín Villalba linda a oriente con la casa de Fernando Aguilera, luego su casa tenía que ser la de Ceferino Tapia. Al sur otra de Juan José Jiménez, que tiene que ser la de la Zoa, al poniente casa de los herederos de Juan Avilés y al norte la calle. ¿Cómo es posible ésto?

Juan Francisco Roperero Tardío linda a oriente con María Lucendo que puede ser la heredera de Juan Avilés, al sur la calle, al poniente la casa de las Comedias y al norte la casa de Fernando Aguilera, por el corral. Esto sí.

Alfonso García Consuegra, Ministro, es decir, alguacil, lindaba a oriente con el Corral de Comedias, al sur la calle, al poniente casa de la Vera Cruz, aludida en otros escritos y al norte casa de Dorotea Zúñiga.

Del Boticario Flor ya se sabe que era lindero de doña Angela Villaseñor y que tenía como ella la calle al norte. Lindaba por el saliente con la viuda de José Cervantes. La botica estaba en el comedio de la acera.

Doña Angela Valenzuela, apellido paterno que dio nombre a la calle de Ramón y Cajal, tenía la tercera parte de una casa partición con Manuel Guerrero, lindaba al sur con la calle, al poniente casa de los herederos de Juan Maroto del Río y al norte Francisco Marañón. No se

puntualiza aun admitiendo otra distribución de casas, pero el carpintero Manuel Morales lindaba a oriente con ella y tenía la calle al poniente.

También vivía allí el sangrador Francisco Conejo Calderón con linderos que no aclaran nada.

Los hermanos José, Josefa y Jacinto García Alcañiz tenían allí sus casas. Jacinto, con la calle al norte, lindaba a oriente y sur con la casa de don Francisco Maroto Nieva y al poniente con la de su hermana Josefa García Alcañiz. Los Nievas están muy mezclados con los Marotos y Romeros en diversas ramas que dificulta el conocerlos.

Ana Gómez linda a oriente con Francisco Villaseñor, que puede ser hermano de doña Angela, pero tiene la calle al sur y linda al poniente y norte con don Juan Francisco Roperó. ¿Sería la casa de la Zoa?

Antonio Palomo linda a oriente con la casa de Andrés Berenguillo, al sur con el Hospital, al norte la calle y al poniente casa de don Francisco Marañón.

Confieso que no lo entiendo a pesar del interés que me merece el Hospital.

¿En qué casa de enfrente de la Imprenta pudo haber hospital? ¿Tendría Marañón alguna casa en esa acera?

La María Marcela tiene al poniente y norte la calle y linda al sur con José el Barbero.

María Ruiz lindaba al saliente con una casa de Pedro Mantilla, al sur la calle del Romeral, al poniente casa de Angela Villaseñor y al norte la calle.

No hay que confundir este Romeral con la posible calle de los Romeros, pues éste era otro propietario que tenía la calle al sur y lindaba precisamente por el poniente y norte con don Francisco Marañón, que es la conocida casa del Conde y eso sí es verosímil.

Otros vecinos que son de Ciudad Real y de la Puebla de Don Fadrique carecen de interés. Únicamente María Botija, con la calle al sur, linda con Angela Valenzuela y al norte con Marañón. Se entiende con el corral de éste que va a la calle del Verbo.

En la calle Resa, calle principal en esta época, un poco apartada de las corrientes impetuosas de San Francisco y San Andrés, figuran diecisiete vecinos.

Obsérvese lo mucho que dificulta el conocimiento de las casas el hecho de no haber numeración en las de ninguna calle, incluso en esta que se convirtió en la calle de la nobleza, no se consigue determinar bien cada casa.

Pedro Ximénez del Río, de estado Hidalgo, linda a oriente y norte con Pedro José Rioja, al sur Juan Martín Tejera y al poniente la calle.

Juan López Yáñez, Hidalgo, linda a oriente con dicha calle, sur y poniente Juan Casimiro Zeledón y al norte Bernardo Román. Pero recuérdese que Zeledón vivía en la calle Romeros, en las casas últimas que salen a la calle de la Pringue, Fulgencio Barco, Diego Vaquero, etc.

Fernando Alvarez de Lara, también Hidalgo, linda a oriente con la calle como Yáñez, al sur con casa Francisco Marañón, poniente Fernan-

do Aguilera y al norte otra de Francisco Marañón. Como la casa de Aguilera es la de don Joaquín, parece verosímil que las casas dichas, con la distribución que fuera, comprendían hasta la esquina de Pantoja inclusive.

Manuel Antonio Cervantes, Hidalgo, lindaba a oriente con los herederos del maestro Palomo, al sur la calle de San Francisco, al poniente la calle Resa y al norte el Hospital de Nuestra Señora del Socorro, luego la casa de Cervantes era la misma esquina de Espadero.

Y con relación a lo dicho en la calle de San Francisco sobre el Hospital es más verosímil suponer que dicho establecimiento tuviera salida a la calle de San Francisco, lindando con Marañón y con la calle al sur que no situarlo en la acera de enfrente, cosa improbable y como lo de la calle Resa es seguro, debe tenerse por infundada la declaración anterior de los vecinos aquellos.

Teresa de la Torre Rubalcanal, de estado Hidalgo, tiene la calle a oriente, luego en la acera de Pantoja, y linda a oriente con Francisco Maroto Nieva, poniente casa de Juan Francisco Ropero y al norte casa de Serafín Aguilera. Serafín Aguilera debía ser el padre de Fernando y por lo tanto la casa la misma. Juan Francisco Ropero es Tardío, cuya casa era la del rincón de la Zoa, pero no se comprende que Teresa lindara al saliente con Maroto Nieva porque al saliente está la calle. La casa de doña Teresa pudo ser la de don Enrique, pero hay detalles contradictorios.

Fernando Aguilera, Hidalgo, linda a oriente con la calle, al sur con los herederos de Francisco Rubalcanal, luego está bien el supuesto anterior, y al norte Francisco Marañón. Conformes.

Francisco José de Resa Marañón, Hidalgo, linda a oriente con la casa de Angela Valenzuela, debe ser por el corral, al sur otra de Manuel Romeral, al poniente la calle y al norte casa de Alonso Marañón.

Rafael Bobadilla, Hidalgo, linda a oriente con la misma calle, al sur con la que va a la calle de San Andrés y con la casa de la Hacienda y al norte con la de don Juan Casimiro Zeledón. Situación confusa porque Zeledón vivía abajo, a la calle de San Andrés no va más que la calle que continúa la calle de la Unión y se ignora cual fuera la casa de la Hacienda.

Pedro José Rioja lindaba al norte y al poniente con calles públicas, al saliente con Diego Matamoros y al sur otra de Pedro del Río. Puede ser la casa de Girón o la del Boticario Moreno, más probable la primera por lindar con del Río. Agustín Espinosa tenía la quinta parte de una casa con el presbítero don Andrés Berenguillo.

Bartolomé Román Cibero, linda al sur con la calle, al poniente José Guerrero, a oriente José Yáñez y al norte Juan Casimiro. Ya éste dijo que lindaba con la casa del Cibero, pero ahora no casa, porque si Cibero tiene la calle al sur está enfrente de Zeledón.

Juan Martín Espadero, que tiene aquí otra casa, dice que linda al sur con la callejuela de Cardona y al poniente la calle. Cardona vivía en la calle del Verbo. ¿Podría ser esa callejuela la calle de la Unión, que no existía, y la casa la que luego fue de Gumersindo Manzanque y de su hijo el médico don Manuel?

Antonio Díaz Panadero, tintorero, tenía la calle al poniente.

Los restantes vecinos no tienen detalles de interés.

La calle de San Andrés, aunque forjada por la Estación, como camino directo desde la Plaza y desde el camino de Herencia para todo lo de aquí arriba, estuvo siempre muy poblada y ya en esta época tenía treinta dueños de casas, aunque casi todas lo fueran de planta baja, pero eso era característica general en la Villa.

Cristina Alvarez, de estado Hidalgo, lindaba a oriente con la calle y al poniente y norte Juan José Guerrero, con dos casas diferentes.

Isidro Alvarez de Lara, Hidalgo, linda a oriente con la calle, al sur Juan López de la Rosa, al poniente casa de Francisco Ximénez, y al norte otra de Manuel Millán.

Matilde Abendaño, de estado Hidalgo, linda a oriente con la calle, al sur Pedro José Guerrero y otra de Juan Tomás del Val y al norte Vicente Rubio.

Pedro López de Párraga y Alarcón, Hidalgo, linda a oriente con la calle, al sur la calle de Valenzuela, poniente Vicente Espinosa y norte otra de Tomás del Val.

Diego José Guerrero, Hidalgo, al sur casa de Cristina Alvarez, al poniente Juan Martín Espadero y al norte casa de Francisco Maza.

Otra del mismo don Diego Guerrero linda a oriente con la calle del Verbo ¿?, sur con la casa de Bernarda la Romana, poniente la calle de San Andrés y norte casa de Francisco Maqueda. Esta casa es de los bienes vinculados por Francisco Juan Guerrero Portonova.

La casa de Vicente Rubio, citado anteriormente, lindaba con la calle a oriente, casa grande que lindaba con Pedro Guerrero, José Ximénez y Alfonso Aguilera.

Pedro José Rioja tenía aquí otra casa grande, con la calle al poniente, a oriente con la casa de Francisco Marañón, al sur otra de los padres Trinitarios y al norte Miguel del Pozo.

Manuel Millán tenía a oriente la calle, al sur Isidro Alvarez de Lara.

Catalina Sánchez Logroño, que tenía un cocedor de 10 tinajas con 400 arrobas, también tenía la calle al oriente, al sur y poniente la casa de Pedro López de Párraga, luego era la siguiente a la esquina del señor Bonifacio.

Santiago Díaz Roperó, cuya cueva era el doble que el cocedor de la Catalina, con 15 tinajas, tenía la calle al sur y al norte callejuela. ¿La de Villarejo?

Sebastián López Maíz tiene la calle al poniente, oriente casa de Fernando Aguilera, sur y norte casas de José y Diego Moya.

Juan Tomás del Val, casa proindiviso con Félix del Val.

Antonio Millán Fermín tiene la calle a oriente, poniente Vicente Rubio y sur Alfonso Aguilera.

Hay muchos vecinos que no aclaran nada, entre ellos un preceptor de Gramática, un guarda de campo y otros sin ningún detalle.

El boticario don Cristóbal Asensio tiene su casa en la esquina de la calle de San Andrés, que linda a oriente con la casa de Pedro Perea y al

sur la calle de Perea, poniente la calle de San Andrés y al norte casa de Rafael Bobadilla. Gran confusión la que origina el léxico de don Cristóbal. ¿Cuál es la casa de la botica y cuál la de Perea y la calle de este nombre?

Figura la calle de Perea con un solo vecino que lo es precisamente la hidalga doña Cristina Alvarez, con otra casa distinta, como era corriente entre los señores, a la primera que se ha mencionado en esta calle, y esta casa de Cristina en la calle de Perea, lindaba a oriente con Francisco Marañón y al mediodía la calle. Parece que lo debía ser un trozo de la llamada de Ramón y Cajal y si la botica tenía al poniente la calle de San Andrés y la casa lindaba al norte con Rafael Bobadilla, que vivía en la calle Resa, dando al sur con la que va a la calle de San Andrés, resulta casi seguro que la botica estaba en la esquina de Pepe Almendros y que la calle de Perea lo era ese trozo de la calle de Ramón y Cajal y no toda, porque sabemos que el trozo a partir de las esquinas de Párraga se denominaba calle de Valenzuela. Otra deducción lógica es que la casa de Perea lo debía ser la de entre la botica y la de Bobadilla, es decir, la de vivienda de Bonifacio, que en sentido más moderno diríamos entre Juan José Tapia y Gaspar o Pepe Almendros y las Contribuciones.

Narciso Cuadrado, chocolatero, sin ningún detalle.

Francisco Muñoz, el Lego, linda con el anterior y tiene al saliente la calle.

Isidoro Martín Carramolinos, molinero, linda a oriente con la calle Resa y al sur la de San Andrés, poniente la casa del Lego y al norte la Puerta de Villajos. Por las señas se trata de la casa de Eulalio Carrascosa.

Diego Ortega del Río, tratante de géneros (Comerciante de tejidos, azúcar, cacao y suela), linda a oriente con la calle de Benalague (se supone la en que éste viviera), sur San Andrés, poniente Juan Marchante y norte Antonio Fermín Millán. No puede estar más que en una de las esquinas de Ramón y Cajal, llamadas entonces de Párraga, salvo que lo estuviera en el callejón del Galgo que era ya el campo y no es probable, pero tan difícil lo han puesto que no se sabe con seguridad dónde sería.

Juan Chocano, albeitar y herrador, linda a oriente con una callejuela y al poniente la calle, poco claro también.

Francisco Marín, carpintero, también linda a oriente con la calle Resa y al poniente la calle de San Andrés.

Varios vecinos hay sin ningún interés y Diego Tardío, de Puertollano, linda a oriente con una casa del convento de la Trinidad y al sur otra de Fernando Aguilera y al norte con dicha calle, con lo cual se termina el esquema de este primer grupo de calles de expansión de la Villa.



LA OTRA CARA DEL CERRO

Como nosotros vemos ahora el Cerro de San Antón o la Cuesta del Bernardillo, guardando las debidas proporciones, vieron los pobladores del Navajo de Santa María el cerro que tenían enfrente cuya cumbre fue a ocupar la calle Ancha actual. Y viéndolo desde la Plaza se saltaron el arroyo y el camino de Herencia y empezaron a poblarlo como hemos visto en su sector oriental formado por las calles de San Francisco y adyacentes.

Pues bien, en la otra cara, en la vertiente opuesta, formando la otra rama de la tenaza, que hace pareja con la de San Francisco, abrazando el cerro, se trazó la calle de la Trinidad arrancando del boquete norte de Santa Quiteria hasta la Cruz Verde. Con el intermedio de la Plaza, donde confluyen, forman estas dos calles el compás abierto que abraza el cerro del pueblo nuevo.

Como en la vertiente oriental, las edificaciones tomaron la cuesta arriba formándose las calles de la Trinidad primero y Ancha después, con sus perpendiculares, Muertos, Cristo Zalameda, Victoria y sus callejones de servidumbre.

Era natural que la primera calle de este sector occidental resultara favorecida, como se vio en el otro lado, por las personas pudientes y que se situaran en la proximidad de los templos.

El vecindario de la calle de la Trinidad en el 1750 estaba formado por unos treinta propietarios entre los que figuraba la hermana de Barchino, doña Ana, con dos casas, ya mencionadas y el Hidalgo don Pedro López Guerrero, lindante de don Diego, de cuya casa se habló al querer localizar la calle del Batanero con la que lindaba.

Don Juan López Guerrero, también Hijodalgo, lindaba a oriente con Máximo de la Peña y a los demás aires con calles reales, cosa que no le pasa más que a la esquina de Pozo, ahora de Félix Peñuela.

El Hidalgo Párraga tenía allí otra esquina pero con orientación distinta que puede ser la de las Tocinillas, pues tenía a oriente, sur y poniente calles reales.

Don Diego Guerrero tenía allí otra, pero en la acera opuesta, pues lindaba a oriente con la calle.

Todas estas casas eran muy grandes y se extraña uno de que hubiera tantas, a casi ninguna le falta el cocedero, oficinas y la alcurnia más o menos acentuada, que se les pegaba a los demás, porque el bien parecer se pega como la ordinariéz. No ofrecen mayor interés informativo estas viviendas pero todas resaltan por la calidad de sus moradores y la resonancia de los apellidos que han llegado a nuestros días. Abunda el Ocón, Utrilla, Morano, Vargas, Carrascosa, Campo, Palomares, Parra, etc.

Francisco Díaz Rose! linda a oriente con la calle y al sur con el Convento. Puede ser la casa de Bonifacio Lucas.

Matías Calleja linda al poniente con una callejuela, detalle que no cumple más que la casa de la fragua.

Pablo Pascual Román, de Barcelona, lindaba a oriente con la callejuela del Convento y al poniente con la calle.

Sólo dos «artistas» vivían en la calle, el fiel de molino de pólvora Juan Sánchez Acebedo y el médico Castel. Este tenía la calle a oriente y lindaba al sur con tierra del Cabildo de Santa Quiteria. Debía estar cerca o tal vez en el mismo sitio de las casas de Boronat donde don Magdaleno vivió hasta que reedificó la casa de su padre en la calle de los Muertos, es decir, más de la mitad de su vida profesional.

Paralela a la calle de la Trinidad lo es por lo alto del cerro la calle Ancha que va de Cristo a Cristo, Villajos y Cruz Verde y que por algo se le decía el Alterón al que hay en el comedio de su callejuela.

Equiparable a la anterior por el número de vecinos, pues ya tenía en esta época sus treinta crecidos, no lo era sin embargo en la prosapia de los mismos que siempre fueron por aquí de media costilla.

Se distinguen por la raigambre de los apellidos que son los de siempre, Ocones, Medinas, Vaqueros, Barrileros, Monges, Castellanos, Alcañices, etc., no muy instructivos en sus descripciones por lo que entresacaremos lo esencial en honor de la brevedad.

Esteban Casero Caravaca, que tiene su cueva de 5 tinajas y demás dice que tiene la calle al poniente, por lo que parece que estaba en la acera de Rufao pero luego dice que linda a oriente y sur con la casa del Tesoro, cosa que no compagina. ¿Qué casa sería la del Tesoro?

Juan Ocón, que tenía dos casas, linderas una de otra, linda por el poniente con Juan el Porro y al norte la calle, cosa que no se comprende tampoco por lindar todas estas casas con la callejuela llamada con mal gusto de la tía Negrita, como creo que opinarán todos los que conmigo asistieron a tan luctuoso suceso.

Pedro Trujeque lindaba a oriente con un alcaçel de José Montalvo y tenía al poniente la calle.

De «artistas» vivían allí Juan López Manzanoque, mayoral de los molinos de Pólvora, que lindaba al poniente con la calle de los Trinitarios y a oriente la calle Ancha.

Manuel Sánchez Palomares, comerciante de géneros, que lindaba a oriente, sur y poniente con calles Reales, luego era la esquina de entrada a la calle la de la tienda.

Francisco Cárdenas Moro, chocolatero, con linderos personales, pero con cueva, como casi todos los vecinos.

Diego Castellanos, panadero. Francisco García Botija, molinero, que tiene al poniente la calle y la casa pegando a la de José García Alcañiz.

Manuel Córdoba, dice que linda al poniente con la callejuela de la Salceda.

Mateo Lozano, zapatero de viejo.

Un tomellosero había en la calle, Juan Romero Carabaño.

De la calle del Cristo Zalameda ya se habló en los Cristos señalando sus tres vecinos, cosa que sorprende, pues la de los Muertos, su paralela oriental, mucho menos poblada, tenía ocho y la de la Victoria actual,

que desde luego no se llamaría así porque ese nombre data de la segunda mitad del siglo pasado, pero la calle debía estar hecha antes que sus inmediatas por comunicar directamente la calle de la Trinidad con la calle Ancha. Pudiera incluso serlo la del Grajo que se ha tomado como la del Moral, nombre también de la época de Victoria, Progreso, Alcolea, etc.

Ya chocó al hablar de la calle del Grajo, entendiéndola por Moral, que tuviera tantos vecinos cuando en realidad era una callejuela, un poco ennoblecida por la presencia del Cristo de Zalameda y un mucho recelada por las correrías nocturnas en sus escondites.

Hay allí, como se recordará, algunos vecinos que lindan claramente con la calle del Cristo Zalameda y con las callejuelas, pero también la calle de la Victoria termina en las callejuelas y dada la poca claridad de las descripciones no se descarta que la calle del Grajo pudiera serlo la calle de la Victoria y la del Moral la callejuela que iba a la Plaza del Progreso, como dicen algunos vecinos. Quede esta duda planteada de momento ya que no se encuentra otra calle que pudiera ser la de la Victoria.

La calle de los Muertos tiene ocho vecinos y ya las panaderías que nunca le han faltado. Eran éstos Juan Román y María Fernández Arias, por cierto que la María dice tener su casa en la Placeta de los Muertos, lindando a oriente y sur con calles Reales. Román dice que linda al norte con la calle, cosa difícil. También había un molinero, Antonio Rojo, linda a oriente con la calle, que es verosímil.

Había un Hidalgo, Juan López Yáñez, sin ningún dato de interés, como sucede con el resto de los vecinos.

Siguiendo la cuesta, bien por las callejuelas o por la calle Ancha, se sale a la Cruz Verde, encontrando a la derecha el callejón de los Tontos, callejuela de servidumbre, como la de la Negrita, creada por la calle Ancha. Sobre dicho callejón está la calle Nueva que ofrece la duda de que pudiera o no ser la conocida con este nombre por el año 1750, donde don Juan Casimiro Zeledón tenía varias casas, pero que había diecisiete propietarios más, que son muchos para lo despoblado que se ha conocido aquello hasta que la Estación lo llenó de gente, que no lo llenó tanto, pues ahora mismo, entre cuatro o seis ocupan media calle.

El Hidalgo Zeledón sólo ofrece el detalle de lindar por el norte de sus cuatro casas con tierra de Mantilla, cosa natural porque todo era campo. Entre los demás vecinos hay los detalles de que Matías Serrano linda a oriente con el Convento de los Trinitarios. ¿Sería con el convento mismo, como parece decir, o con alguna propiedad del convento que por aquí tenían muchas? Con otra casa que tenía allí lindaba Matías por el norte con un alcazel de Francisco Roperero, cosa que también le pasaba a Juan Barco, que lindaba al sur con alcaceles y al norte con el Ciego del Campo.

Sebastián Palomares lindaba al poniente con un cebadazo de las Animas y al norte la calle.

Francisco Cañizares lindaba a oriente con un alcazel de Juan Medina, al sur del Padre Guerrero, al norte la calle y al poniente Juan Conejo.

Pañoso lindaba con alcaceles y tierra. Clara Díaz linda al poniente con tierra de las Animas. Obsérvese los linderos que hay de tierras, cosa que indica su proximidad al campo y hace difícil lindar con el Convento.

María Madera dice que linda a oriente con casa del Convento de la Trinidad, que ya tiene otro ver, pero Juan Chocano, el conocido y acaudalado albeitar, dice que su casa de la calle Nueva linda a oriente con la calle del Cristo Zalameda cosa que ya lo desconcierta todo, pero echemos por la cuesta abajo a ver lo que encontramos por estas laderas.

Llama la atención la calle Torres con sus trece propietarios. Ya vimos al hablar de la calle de los Bataneros que entre ella y ésta estaban todos los Gómez Comino, como pasó después con los Morales y probablemente en las mismas casas, con lo cual y el Convento ya no queda nada en esa acera. Como la de enfrente tiene todos los corrales de las casas de la Cruz Verde no se imagina uno dónde podrían estar tantos vecinos, con oficinas, cocederos y toda su impedimenta.

Juan Antonio Maza, personalidad significada, dice después de hablar de su casa de la calle Torres, que tiene otra en la calle Nueva, que linda a oriente con la casa de dicha esquina y al sur la calle.

No aclara nada pero es un dato más para el conocimiento de la calle Nueva.

María Martín de Madrid linda a oriente con la cerca de la Trinidad. María Muñoz linda a oriente con la calle y al poniente el Arenal.

Catalina Cárdenas Cervantes, panadera, linda a oriente con los padres Trinitarios, el poniente la calle Moreno y al norte dicha calle, luego es la esquina de Escalona.

Ambrosio Romero, comercio, es lindero de Maza y tiene la calle al poniente y norte. Sorprenderá ahora que hubiera tienda de telas allí, pero más arriba lo tuvo la Encarnación de Sierra toda la vida.

Catalina Carrascosa, arriera, daba a esta calle y por el poniente al Arenal, como casi todas las casas de la acera del saliente.

Cotejados ya el Arenal y la Cruz Verde nos encontramos con las grandes calles de esta ladera, la de Toledo y el Santo, trazadas con singular acierto, sobre todo la última, apartando bien las aceras de su corriente y dejando paso para los entierros.

Da la impresión que en aquella época tenían estas calles más vecinos que ahora, en la del Santo figuran treinta pero en la de Toledo cuarenta y seis, nada menos.

Por entonces se simultaneaban los nombres de Santo y San Sebastián igual que ahora, pero con más motivo por ser ese el nombre del cementerio y ésta la calle que conducía a él. A partir de la clausura del Cementerio es cuando se quedó el Santo solo para nombrar la calle, a pesar de los empeños oficiales por conservar el nombre completo.

No ofrece ningunas dudas esta calle y por ser nueva tampoco puede dar muchos detalles aclaratorios, solamente alguna curiosidad como la de ver cómo andaban por allí los Carrillejos y Sánchez Mateos, Paniaguas y Alcañices, Serranos y Romeros.

Francisco Carpio, que tiene la calle al oriente, dice que linda al po-

niente con la callejuela de las Cruces. Por lo visto lo sería la de la calle Toledo, donde jugué, llamado callejón.

Matías Paniagua tenía una casa partición con Juan el Humilde, lindando a oriente con José el Cotorro.

Juan Sánchez Mateos era de los que más sobresalían en la calle. Había tierras linderas. La Francisca Arias lindaba al poniente con la Callejuela. Isabel la Ollera tenía una partición con María la Junquera, que lindaba a poniente con la Palomara.

Había tres panaderías, Francisco Carrascosa, Isabel Paniagua y María Candelas; un arriero, Juan Sánchez Paniagua, que tenía la casa en el Altillo del Santo, lo mismo que Francisco Serrano, su lindero, lo que quiere decir que las casas llegaban hasta arriba, pues el altillo es donde estaba el molino de Tizonas, formado por roca arenisca y ligado por la calle del Crudo al Altillo de Soria, toda ella de la misma piedra, como se veía en las puertas de Corredera, Dionisio Beamud y hasta en las de más arriba de Malagueña, pasando la calle.

Veamos qué nos trae o a dónde nos lleva la calle de Toledo, que salvo lo del Cementerio y la topografía tiene las mismas características que la del Santo.

Andrés Carpio, que tenía la calle al norte, es decir que estaba en la acera del tío Ecequiel, lindaba al sur con una salitrería de la Villa, lo que confirma el aserto formulado al hablar de las Salitrerías sobre que llegaban a la calle de Toledo desde la carretera de Herencia.

Francisco Carpio, en la misma acera, lindaba al poniente, como todas las casas de esa acera con tierra, como que daban todas al campo, sin existir ni una sola casa por allí.

Francisco Viejobueno lindaba a oriente con la callejuela de las Cruces y al sur la calle Toledo. Esto parece dar cierta seguridad de que dicha callejuela lo fuera la que comunica al Callejón con la calle de Toledo por entre las casas del bizco Sábana y Lázaro Lagos, pues ya vimos otro lindero con dicha callejuela a la altura de la calle del Santo. Queda por el momento una reserva importante que se tratará a continuación y es la calle de las Urosas que tiene una sorprendente vecindad por lo numerosa.

Isabel Arias, que tiene al sur la calle de Toledo, linda al norte con una callejuela, cosa que también le pasa a Pedro Izquierdo Moralo y a Pedro Marchante, que dice lindar al norte con la callejuela de Juan Rosel.

Hay tres Sánchez Mateos, Juan, Francisco y Manuel. Siempre fueron muchos los Estrellas y lo son hasta en sus antecesores. Manuel dice que linda al sur con la calle y al poniente con la callejuela que sale a la del saliente y norte y baja al Arrenal. Se trata pues de la esquina del Moreno Millán, según se conocía últimamente.

Gregorio Muñoz también linda al norte con la callejuela y al sur la calle.

Francisco Ortega tiene al sur la calle y al norte un alcazel de Francisco Blasico.

Juan Ortega linda a oriente con la calle y al sur el molino de Juan

Antonio Maza. Este es antecesor de Julianete y ya tenía allí un corral para encerrar ganado, lindando con la María de Porras y Juan Carvillejo y al norte la calle.

Alfonso Malrasca y otros varios no ofrecen detalles de interés.

Alonso Serrano linda al norte con la callejuela. Estas últimas callejuelas se refieren todas a la misma de Manuel Sánchez Mateos, ya se ve.

Bernardo Yepes tiene la calle al norte y linda al sur con tierra lleca y al poniente con la Teresa la Vinagra.

Juan de Mata dice que linda al norte con el camino de las Callejuelas y tiene la calle al sur, como Angel Aguilar que además linda al saliente con tierra de Alonso Arias y al norte el camino del cerro. Pedro Villajos también tiene la calle al sur y linda a oriente con tierra de María Tejera.

Bastantes vecinos no dan ningún detalle de interés hasta Juan López Traspón, que linda a oriente con Juan Tarja, al sur con Juan Clariana, al poniente la callejuela y al norte la calle.

Juan Cárdenas, panadero, tiene al sur la calle y al norte una callejuela que debe referirse a la de arriba.

Hay otro panadero, Juan Carpio, y un arriero, Alfonso Pérez Viejo-bueno, que no tienen datos de interés general, con lo cual nos quedamos frente a la calle de las Urosas con sus veinte propietarios de casas sin saber cómo apreciarlas, considerada siempre como callejuela y sin haber conseguido esa vecindad ni ahora mismo.

Juan Pérez Berlanga tiene al norte la calle y dice lindar al sur con el molino de don Francisco Quintanar.

Manuel Tejado linda a oriente con la calle, al sur casa de Guerrero y al norte con la calle de la Baladrona. Recuérdese cuanto se dijo a propósito de esta calle que aquí parece correr perpendicular a la Cruz Verde. Tejado tenía allí tres casas y la tercera, con la calle al sur, lindaba al norte con el camino de Quero, lo que parece indicar que la calle fuera más larga que ahora. Andrés Santiago tenía al norte tierra de don José Guerrero.

María Pascual, con la calle al sur, lindaba al norte con el molino de Juan Mercado.

Manuela Sánchez, con la calle al sur, lindaba al norte con otra del Convento de San José, cosa que también le sucedía a Isabel Santiago, que lindaba al poniente con tierra de las Monjas de San José, careciendo en absoluto de intereses los detalles de los demás vecinos si bien se nota que la calle no pasaba del callejón de la calle de Toledo, estando la calle en la parte de arriba.

* * *

SUCEDIDO

Había dos muchachas, una de poco pelo y otra chatilla y graciosa con buenas trenzas.

Por aquello de "agua de mayo créceme el pelo y si no me crece me pongo el pañuelo", en las lluvias de este mes puso una palangana para recoger agua, pero la chiquilla la usó para lavarse la cara.

La grande se quejó a la madre y esta le dijo que por qué le había quitado el agua que tenía para el pelo. La chica le respondió desenvueltamente:

—Para ver si me crecen a mí las narices.

SE EXTIENDE LA VILLĀ

En los comentarios de la Cruz Verde se dijo que esta calle, deformada equivocadamente, es una de las de expansión de la Villa, que crecieron desde antiguo contra la corriente de sus aguas, no hacia donde éstas se estancan, como se hace ahora. Por eso se ven bien pobladas o superpobladas las calles que se fueron trazando al empezar a crecer. Uniremos a la Cruz las demás que a nuestro juicio tienen el mismo carácter de agrandamiento del pueblo, aunque tal vez nos equivoquemos y tengamos que rectificar en investigaciones sucesivas.

Parece que el pueblo se instaló entre los dos arroyos y precisamente en el Navajo o nava pequeña que sirve de asiento a Santa María, altura que lo libraba de los arrastres de las aguas; estos arroyos son el de la Mina que baja de las Santanillas y le dieron al otro lado del lugar, hacia la Serna, el nombre de arroyo Cordobés por alguna razón que todavía no sabemos y el arroyo que baja por la calle de la Virgen y cruza la Plaza para ir a la Veguilla, arroyo que también se distinguió algún tiempo como el de los Alboyones en la época de las salitrerías. Después, la expansión de la Villa, contenida mucho tiempo por la Estación, halló también su límite hidrológico en las corrientes del arroyo del Albardial. Estas corrientes circunscriben bien el pueblo viejo y el que se fue formando y continúa su evolución. El criterio de la acertada expansión resulta más claro todavía teniendo en cuenta el arroyo del Arenal, formado con todas las corrientes de aquí arriba, alterón de la calle Ancha con sus vertientes de la Trinidad, Cruz Verde, Altillo, Santo y aun la misma calle de Toledo, que vierte o vertía hacia acá.

En principio, las apariencias son de que el pueblo se formó en el Navajo de Santa María, corriéndose hacia la Mina. El mismo carácter de las construcciones que se han conocido lo indican, siendo evidente la modernidad de las que sobrepasan esos límites, así como la vetustez lo es en las anteriores. Por lo tanto, el pueblo aquél debía estar limitado, hacia arriba, por la corriente de la calle de San Francisco y ¡ojalá! que se pueda confirmar o rectificar en investigaciones posteriores, pero por el momento hay que considerar cómo las calles más antiguas, las comprendidas en ese sector, aunque en la época a que han llegado las investigaciones existieran ya otras muchas calles que han llegado a nuestros días y que naturalmente, no son tan recientes como esas novísimas que nadie conoce por su nombre ni se sabe quién ni cómo las bautizara.

Entre las calles que consideramos nuevas, aunque en el año 1750 hubieran alcanzado ya su completo desarrollo y se encontraran tan perfectamente encajonadas que no pudieron crecer más, hay algunas cuyos nombres se prestan a confusiones, como se vió que sucedía con las plazuelas y que interesa aclarar para que se conozcan y los Ayuntamientos tengan donde escoger y no se encuentren tan embarazados cuando haya que rotular una calle y salgan por los cerros de Ubeda.

Una de estas calles es la de los Bataneros, nombre entrañable que es lástima no se conserve, pero ¿cuál era la calle de los Bataneros?

En la clasificación de 1750 hay cinco propietarios que dicen vivir en

esta calle, una de mi familia, Benalaca, Manuela López Benalaca, que tiene una casa en la calle de Juan el Batanero, baja, que linda al norte con la calle, con 10 varas de frente, fondo de 7, patio de 5 y corral de 14.

Para sentar el probable conocimiento hay que decir que los Bataneros conocidos vivían en la calle Moreno y también el Moreno Millán. Si se acepta provisionalmente la hipótesis de que pudiera ser ésta la calle de los Bataneros, la Manuela vivía en la acera de los Bataneros, puesto que linda al norte con la calle y tiene 26 metros de profundidad, cosa que debe retenerse por el posible lindero al poniente de la calle Arjona.

Josefa de Quero lindaba a oriente y poniente con calles públicas y al norte con otra de Alfonso el Batanero, con lo que ya hay dos bataneros, pues la Manuela dijo vivir en la calle de Juan el Batanero y la Josefa linda con Alfonso.

Isabel Díaz Mínguez, chocolatera, que tenía oficinas de labor y cueva de seis tinajas que cabían 150 arrobas, linda a oriente con la calle, al sur con la viuda de Arjona, apellido que debe recordarse por la proximidad, linderos y nombre de esta calle.

Francisco Yepes Saavedra, de Villarta, donde continúan los Yepes y precisamente hay ahora un médico que lo es de segundo apellido; tenía en la calle de los Bataneros una casa alta y baja, lindando a oriente con la casa de Antonio Trujeque y al sur la calle, poniente y norte Antonio y Francisco Carrascosa, con 18 varas de frente, fondo de 12, patio de 6 y corral de 15.

Veamos lo que pasa con los propietarios de la calle Moreno, que también existía, y tenía en su recinto e inmediaciones a todos los Gómez Comino de entonces, de donde resulta que el salto que dio Pellás a la calle de la Luna tenía sus antecedentes.

El primer vecino de esta calle es Bernabé Díaz Rosel, con vivienda baja y oficinas, que linda a oriente con Bernardo Díaz Carrascosa. Anteriormente se han citado dos Carrascosa, al norte linda con la calle y al sur con la casa de Juan Gómez Comino.

Manuel Gómez Comino tiene tres partes de casa, también linda al norte con la calle y al sur con Juan Gómez Comino.

Catalina Mercado Romero, linda a oriente con el corral de los frailes Trinitarios, al sur la calle Real, cosa lógica.

Ana Medina linda a oriente con la calle.

Manuel Fernández Portillo linda a oriente con la calle y al norte con otra de los frailes.

Juan Díaz Alaminos, panadero, linda a oriente con el primer vecino citado, Bernabé Díaz Rosel, al sur Juan Gómez Comino.

Y José Gómez Comino, arriero, tiene una parte de casa, partición con Manuel Gómez Comino.

Estas dos calles de Moreno y Arjona estaban limitadas, como ahora, por otras dos calles de numerosa vecindad, Torres y Trinidad, y en esta última de gente rica, como se ha podido observar en los trabajos ya publicados.

De los vecinos de la calle de la Trinidad, que son más de treinta, hay dos que lindan con la calle del Batanero, uno don Pedro López Guerrero,

hijodalgo cuya casa mide 15 varas de frente, 10 de fondo, patio de 8 y corral de 10, es de planta baja y linda a oriente con la calle, al sur con la casa de Diego José Guerrero, al poniente otra de Manuel Millán y al norte con la calle del Batanero. La casa de don Diego José Guerrero, linda a oriente también con la calle, tiene vivienda alta y baja y linda a los demás aires con vecinos, luego la casa de don Pedro tenía que ser la de Olivares el carpintero, pues sólo esa puede lindar al norte con la calle del Batanero, lindando a oriente con la calle de la Trinidad.

El otro vecino de la calle de la Trinidad que habla de la calle del Batanero es Alfonso Sánchez Arias, cuya casa linda a oriente y sur con la calle y al poniente con otra casa de la calle del Batanero.

Doña Ana Moreno Barchino, citada como lindera y que tiene dos casas en la calle de la Trinidad —en la calle vieja de la Trinidad, dice ella— en una de ellas linda con Sebastián Rioja y al poniente con Joaquín Arjona. Esta casa puede ser la del Cojito y en ese caso la de Arjona sería la de Puebla, pero en la calle Arjona, que tiene 4 vecinos, Antonio López Morano, linda a oriente con Ana Moreno, al sur la calle, cosa que contradice el supuesto anterior, que en este caso sería el dueño de la casa de Puebla.

Juan López Manzanares, Ana Nieto, panadera, y Juan Gómez Comino, viven al otro extremo de la calle y Manzanares linda con la Josefa Quero que es vecina de la calle del Batanero, luego estamos, como en las placetas, en un caso de duplicidad de nombres, la calle del Batanero lo era la calle Moreno y casi seguro que en ambos casos se debía la denominación al nombre de la vecindad, porque lo de Moreno a secas carece de sentido aunque haya prevalecido en este caso por lo oficial sobre lo popular ya que coexistían al mismo tiempo los dos nombres.

Hubiera sido mejor mantener lo del Batanero por representar un oficio importante en la época de esplendor de nuestra ganadería, representado por varias familias, mientras que el matiz pigmentario de un vecino indeterminado carece de significación y probablemente de historia.

* * *

CALLES BIEN TIMBRADAS

Lo son, como los parajes de las Pilillas y las Santanillas, las calles de la Torrecilla y el Altillo, siempre llamadas en pequeño, en diminutivo, como acentuando el cariño al nombrarlas llegando al mímico. Son nombres que tintinean y nos traen remembranzas de casas de muñecas, de ingenuos juegos infantiles o de simples hábitos pastoriles de portal de Belén con soniquetes de campanillos y cencerillas.

La Torrecilla

Este precioso nombre de calle es utilizado por unos en su forma sencilla y por otros con el aditamento de Torrecilla de Ramos.

Ya sabemos que el primer vecino de la Torrecilla era Barchino y por las consideraciones hechas al tratar de sus propiedades y por que nos

corre la sangre de esta calle no abrigamos ninguna duda de que se trata de la que da entrada a la Puerta Cervera.

Tenía en la época estudiada trece casas que nos parecen muchas casas, por pequeñas que fueran en su forma anterior, que no lo eran, porque algunas tenían 20 varas de fachada.

Aparte de don Diego Barchino, citado ya tantas veces, tenía casa allí Francisco Arias Panoso, Menor, que daba al norte con la calle, lo que quiere decir que estaría cerca de por donde el Molinerillo Hermoso.

Vicente Octavio Benavente daba con la calle al poniente. Alfonso Díaz tenía la calle al poniente y al norte. Manuel López Pradillo la calle al sur. Manuel Román también al poniente y sur e Isabel Marchante al poniente y norte.

María Bayona lindaba al sur con la casa de Barchino y al poniente la calle.

Pedro Rodríguez, tendero, daba a oriente con la calle y al poniente con la Placeta de la Rubia, luego era la casa de orilla del estanco.

Diego Ortega del Río tenía una parte y Juan Sánchez Arias la mitad, partición con Barchino en la Torrecilla de Ramos, pues son más los que hablan de la Torrecilla de Ramos que de la Torrecilla a secas, si bien se comprende que lo auténtico y primitivo era la Torrecilla, el aditamento aclaratorio de Ramos es porque alguien de este apellido viviera allí algún tiempo.

El Altillo de Soria

La Torrecilla pertenece al pueblo viejo y el Altillo a su expansión y está muy bien puesto el nombre porque siendo pequeño le pasa como dice el cantar manchego:

De Manzanaricos
a la Solana
hay una legua corta
de tierra llana.
Llanura es ésta,
llanura es ésta,
que a más de cuatro mozos,
les viene en cuesta.

Pues bien, el Altillo es corto y al parecer llano, pero tiene un buen repecho que los cambios no han conseguido anular y por el 1750 sólo tenía tres vecinos y en nuestra época tampoco tenía muchos más, predominaban los corrales pero sonaban los mismos apellidos.

Juan Romero Mercado que tenía allí una casa baja que lindaba al sur con la calle, lindaba al poniente con Julián Sánchez Mateos, antecesor indudable de Malagueña.

Pedro José Román, un Rulete, lindaba a oriente con Juan Paniagua, al sur con Francisco Serrano y al norte la calle.

Juan Tomás Peco lindaba al saliente con la casa de Isabel la Cantera —no cabe mayor claridad—, al sur la calle y al norte Antonio Carpio.

En estos linderos se acababa el Altillo, pues lo demás pertenece a las calles de Madrid y Crudo, la de Madrid no existía todavía pero la del Crudo sí y el movimiento del Altillo, por entonces y después bastante escaso, se debía al tránsito, pues la calle del Crudo, por cortar terreno

y cuesta para ir al Santo estuvo poblada desde el principio, con doce propietarios de casas que no sé si los tendrá ahora.

Juan Martín Paniagua lindaba al norte con la calle y al saliente con tierra de Pedro Román, por lo que ya se ve que en esta calle terminaba el pueblo.

Clara García lindaba al sur con la calle, al poniente Manuela la Rebata y al norte Juan Convento. Obsérvese el modo tan propio nuestro de llamarse las personas entre sí.

Manuel Pérez tiene linderos personales, pero véase el modo, al saliente Juan de Herencia, al poniente la Isabel del Justo, al sur Manuel Sánchez, etc.

Francisco Monje con linderos personales y otra casa suya contigua.

José Ramos Cotorro da al saliente con la calle y al norte con Pedro Viñas.

Francisco López Fuensalida linda al norte con la calle y al poniente con Antonio el Pajarero.

Juan Santos con linderos personales y María Romero Blanco linda a oriente con Juan Paniagua, al sur con Santos el de la Munilla y al poniente y norte la calle.

Juan Flores, panadero, lindaba a oriente con la calle, al poniente con Matías Paniagua y al norte con Manuel el Cotorro.

Juan Sánchez Carrillejo, arriero, lindaba al sur con la calle y al norte con alcazel de las Monjas Trinitarias del Toboso. Hay varios Carrillejos por este rodal y Carrillejo era de segundo apellido la abuela Pepa, mujer del hermano Facó el del Arrenal.

Todavía queda otro propietario de la calle del Crudo. Siempre en los finales solía haber algún forastero y éste se llama Francisco Martín Maqueda.

Las Piedras de Zamora

Peñas les decían en aquel tiempo y era más bien nombre de paraje que de calle, como el Porcarizo mismo, donde están, aunque como calle lo consideraran muchos. Lo hermoso es el nombre, no el sitio, y en el decir alcazareño el sentido remoto de su situación para ponderar la distancia. Estar en las piedras de Zamora era poco menos que estar una cosa donde Cristo dio las tres voces y no lo oyeron. Pues allí vivía, sin estorbos de nadie, la María la de la Fruta, lindando al poniente con Juan Caraque, en una caseja de seis varas de frente por cuatro de fondo, cuatro de patio y seis de corral.

El Porcarizo no estaba entonces tan menospreciado como lo estuvo después. El mismo don Diego Barchino, que tenía casas en todas partes, poseía allí una casa de corta habitación, lindera de Juan Antonio Saavedra, que era otro ricote de la época.

Y don Eugenio López Guerrero, de estado Hidalgo, tenía otra que lindaba a oriente con la calle Real.

Y don Francisco Roperó Tardío tenía hasta cueva con una tinaja de cuarenta arrobas, que lindaba con otra de Juan Antonio Barchino y al poniente la calle y todavía quedaba otro vecino resonante, Juan Fernández Utrilla Camacho, al poniente de la calle Real y lindero de don Diego.

CALLES OLVIDADAS

Una de ellas es la Baladrona.

En todos los escritos aparece denominada como la Baladrona y los vecinos, numerosos por cierto, dicen que viven en la Baladrona, pero a pesar de eso el nombre es personal y dado por alguien, mujer de bravura y perdonavidas, de baladronadas, de fanfarronadas y alardes de valiente, que han perdurado, por encima de la Cruz Verde donde se empezaba este paraje, sin poderse concretar la dirección que llevara, porque la Estación cortó y desvió los caminos y al ser estrangulada por la vía debió desaparecer, toda vez que hemos conocido como campo raso lo que hay más allá de la calle Nueva, sin más construcciones que las casejas de las huertas y los cuartillos de las eras de detrás de la Estación.

En principio, y a salvo de lo que pueda deducirse de otras investigaciones, la Baladrona es la demarcación situada por encima de la Cruz Verde, calle y campo, pues en las tierras, algunos propietarios dicen que las tienen en la Baladrona, y en una extensión que llega hasta el Santo.

Considerada ahora como calle encontramos en ella unos veinte dueños de casas con pocos detalles sobre la calle y su demarcación.

Manuel Ramos linda a poniente y norte calles públicas.

Juan Manuel Arias linda al norte con la calle.

Diego Romero al poniente con la calle.

Pedro Mendoza con linderos personales. Y lo mismo Pedro Atienza.

Antonio Beltrán linda al poniente y norte con la calle.

Gabriel Romero linda al norte con la calle y al poniente con un cercado de María Ubeda.

José Pérez Pedrero linda al sur con la calle igual que en otra casa que tiene allí.

Manuela Jadraque linda al poniente con la calle y al norte con la callejuela de los Bolos, gran hallazgo, pues se había supuesto que la calle del juego de los Bolos estuviera a la salida de la calle de las Peñas, guiados por las fincas de Mantilla, pero no es mucha equivocación tratándose de que todo era campo y el pueblo crecía por lo firme a los lados de las huertas y en esta parte por el arrecife donde se hizo la calle de la Luna.

Pedro Rodríguez Manzanero linda al norte con la calle.

José Pérez Pedrero linda al saliente con calle Real.

Baltasar Ramos linda al norte con la calle y Mateo Díaz Panadero da con la calle al saliente y Bernabé Flores también.

Paula Marín da con la calle al poniente y norte y Catalina Portillo.

Juan Díaz Panadero linda a oriente y sur con calles públicas, es panadero, lo mismo que Juan García Ortuno, que tiene dos casas y da por el norte a la calle.

No hay ningún motivo ni tampoco posibilidad de dar más detalles

de esta desaparecida calle, pero en las orientaciones de las casas se ve que no podía seguir las alineaciones de ahora y que más bien esta calle sería muy oblicua o perpendicular a la Cruz. Lo interesante sería conocer las cualidades de la brava mujer que le dio nombre, como ejemplar de raza. Confíemos en encontrar nuevos datos del paraje y también de ella y sigamos trabajando con esa esperanza.

La calle del Grajo. En el callejero del año 1750 tenemos la calle del Grajo, pero no la del Galgo, que era un callejón y tal vez ni siquiera conocido por ese nombre.

Veamos lo que nos dicen los quince vecinos de la calle del Grajo para tratar de localizarla.

María López Manzanares dice que vive en la calle del Graxo, con oficinas de labor, cuarto de bodega con seis tinajas que caben 218 arrobas, linda a oriente con la casa de Francisco Tintorero, mote del oficio y al poniente con la calle.

Angela Peco, también con oficinas y cueva de tres tinajas con 120 arrobas, con linderos personales.

María Aparicio, con oficinas, da al sur con la calle.

Catalina Arteaga Silva, casa de un vínculo, sin detalles.

Juan Alfonso López Villaseñor linda al sur con la calle y Manuel Martín Carpio que da al norte con la calle.

Silvestre Martín Carpio linda al sur con la calle del Cristo Zalameda, al poniente con la calle y al norte con las callejuelas. La descripción de Silvestre parece clara de que la calle del Grajo lo era la misma del Cristo Zalameda y su casa la que después compró Pablete.

María Ubeda tiene linderos personales y Teresa Díaz Panadero linda oriente con la calle.

Agustín Martín de Madrid linda a oriente con la calle y Pedro Díaz Pajares lo hace al sur.

Diego Ortega del Río linda al norte con la calle y Joaquín Rodríguez Estremera, arriero, linda a oriente con la calle y al sur y poniente casa del Cabildo de Santa Quiteria y al norte con una callejuela, detalles también significativos, pero Estremera tiene otra casa allí que linda a oriente, sur y norte con calles públicas y al poniente con la casa del Cabildo de Santa Quiteria.

Francisco Muñoz linda al sur y poniente con una callejuela que hace esquina y al norte con dicha calle y Manuel Díaz Carrascosa, de Toledo, linda al norte con la calle.

No parece haber dudas de que la calle del Grajo lo era la que va desde la Plaza del Progreso a la calle de la Victoria.

La calle de las Huertas se recuerda mejor y todavía hay muchos que la citan en las conversaciones corrientes y con preferencia a otras nomenclaturas más recientes y debería conservarse como se ha hecho en Madrid con la del mismo nombre y por la misma razón, porque iba a las huertas, como la de Atocha a los atochares o espartizales de las caídas del cerro que ahora se llama de Antón Martín, con la diferencia que lo nuestro era todavía más propio y más adecuado por ser más las huertas y mejores, aunque las estaciones, tanto en Madrid como

aquí, fueran la causa de su alteración y de su desaparición.

Casi no habría que decir nada de nuestra calle de las Huertas, pero no está de más darle una vuelta a sus pobladores del año 1750 por si nos dicen algo de interés.

Hemos visto en la calle del Grajo que las casas eran casi todas de mujeres. Pues aquí empezamos lo mismo; la primera es Ana María Ramos, que tenía una casa baja pero con cocedero de tres tinajas y lindaba con uno de los Romeros que vimos en la Puerta de Villajos al poniente y al sur con la calle.

Isabel Velasco, con oficinas, lagar y bodega. Esta cambia ya los nombres de las cosas. Linda al saliente con la calle, al sur la Cruz de la Puerta de Villajos. Tenía cuatro tinajas de 180 arrobas en total.

Miguel García de la Banda linda al poniente con la Placeta de las Felipas y al norte la calle.

Aparece otra Placeta, pero en esta calle, que no ha perdido su orientación no puede dar ninguna casa al norte ni aun habiendo conocido la calle en todas sus estrechuras se adivina la Placeta de las Felipas.

Antonio Carpio linda al poniente con la calle y Martín Borox también.

Manuel García Tolión linda a oriente con la calle y con otro de su mismo apellido y Juan García Testón con la calle el norte.

Juan García-Pastor Villajos linda a oriente con calle Real y Juan Cartas al norte. Francisco Carpio linda al sur con la calle y Manuela Ligerero tiene la calle al poniente.

Sebastián Borox linda a oriente con la calle. Josefa Ligerero tiene una parte. Angel Maroto tiene a la mano derecha la calle. Isidoro Morollón al sur e Isabel Ramos al poniente.

Tampoco ofrece dudas la calle de Machero, utilizada como la anterior por muchos todavía y para los que no, diremos que se trata de la calle Manrique de Lara, procedente en la nomenclatura local de la misma hornada de Alcañiz, Azcárraga, Polavieja, Prim, Espartero, etc., hornada siguiente a la de Progreso, Independencia, Alcolea, Victoria, Marina, Chies y otros.

Increíblemente la calle de Machero sólo tiene dos vecinos en 1750, Andrés Justo y Esteban Navarro, arriero éste. Ambos con linderos personales y de no ser por la seguridad que se tiene de la calle, que se puede acreditar con miles de testimonios personales, por los datos contenidos en las declaraciones no habría modo de saber dónde estaba esta calle.

Con la calle de la Pringue sucede lo mismo aproximadamente, tal vez un poco menos, pero todo el mundo la conoce y sabe que se trata de la calle de la Tahona, nombre también olvidado y actualmente Independencia.

En la época que se considera vivía allí María Gracia Botija, lindando al norte con la calle.

Manuel de Yepes, Menor, con vivienda alta y baja, en la acera de la posada, puesto que lindaba con la calle al saliente, al sur con la Cofradía del Santísimo y al norte también con la calle.

Josefa Ligerero, que tenía una parte en la de la María Botija y

Baltasar de Lucas, cirujano, que lindaba a oriente con el lincenciado Jerónimo Meneses y al norte con la calle.

No hay ningún dato ilustrativo, pero la calle es la dicha.

Blas Sánchez Bao tenía en esta calle una gran casa de veinte varas de fachada, doce de fondo, ocho de patio y diez de corral, con una bodega de cuatro tinajas que cabían 270 arrobas.

En esta separación que se ha hecho para el estudio queda por considerar la calle de Valenzuela.

En las consideraciones hechas en otros capítulos se ha llegado a afirmar que esta calle lo era la de la Marina, actualmente Ramón y Cajal. Las razones expuestas al hacerlo no ofrecen duda.

Vivían en la calle el hidalgo don Máximo de la Peña, que lindaba al norte con la calle y por el poniente con don Antonio Saavedra. En otra casa de la misma calle lindaba don Máximo a oriente y sur con calles Reales, al poniente con don Juan Guerrero y al norte con el callejón de Matamoros, que lo sería indudablemente el callejón de la Equidad. Tenía la casa aquella dieciséis varas de frente, veinte de fondo, doce de patio y corral de diez.

Angela Romero Carabaño, de estado Hidalgo, lindaba a oriente con la casa de Pedro Párraga, que ya consta es la esquina de Bonifacio, al sur la calle y al poniente la casa de Pedro Valenzuela. Está claro todo.

Juan Martín Espadero, escribano, tenía allí casa alta y baja, oficinas de labor y cocedero de cuatro tinajas con 250 arrobas, lindando al norte con la calle.

Alfonso Sánchez Arias, muy rico, administrador de la tercia de granos y comerciante, con oficinas y cueva de cuatro tinajas de 300 arrobas en total, lindaba a oriente con la calle de los Muertos, sur y poniente dicha calle de Valenzuela. Luego era la casa de enfrente de Ortiz.

Y Josefa Valenzuela, de la ciudad de Antequera, tenía casa alta y baja, lindando a oriente y sur con la casa del Presbítero Vicente Espinosa, poniente la calle y al norte casa de la Escarramana, se entiende lindera del corral.

Aparte de las aclaraciones sobre las calles citadas nos hemos encontrado con dos cosas nuevas o mejor dicho ignoradas, el callejón de Matamoros junto a la Equidad y la Plazuela de las Felipas en la calle de las Huertas que no deben olvidarse al hacer una reconstrucción completa del caserío de la Villa.



SUCEDIDO

Buenos entendederos

Vivía un matrimonio por arriba y estando el hombre en el corral le vocea ella:

—Cuando vengas me subes las medias.

—¿Es que las tienes caídas?, le responde él desde abajo.

CALLES SECUNDARIAS

Muchas calles que aparecen con este sello es porque en su origen fueron callejones de servidumbre, innominados y dejados exprofeso por las casas colindantes. La evolución les dio otra utilidad y lograron nombre propio y servicio de calle Real, que quiere decir propiedad del Común y para el paso de todos, pues en su estado primitivo lo usaban solamente los vecinos, no porque no se pudiera, sino porque nadie lo necesitaba.

Conociéndolas todavía se aprecian en la mayoría las huellas de portadas de los corrales vecinos, aunque se hayan convertido en casas flamantes. Basta con ver una calle Real que lo sea desde su origen para ponerse a buscar su callejón de servidumbre inmediato, en la seguridad de encontrarlo. Y en ocasiones más de uno.

En la época comentada existían ya las calles del Horno y Comadre, que parecen de las creadas por la Estación. Hay que suponer que sean las mismas. Sólo tenían dos vecinos cada una y los apellidos no disuenan en el paraje. Manuel Caravaca y María Jiménez en la Comadre. Por cierto que la María linda al norte con la calle pintada. La palabra pintada debe estar empleada en el sentido de señalada, como al trazar las plantaciones de viñas se dice que se pintan. Puede que la calle pintada lo fuera algún trozo de la calle del Horno que es lo único que hay en esa dirección.

En la calle del Horno estaba con el suyo Catalina la Justa, que lindaba al sur con la calle y al norte con los alcaceles, cosa que está muy en razón.

María Peña, que es la otra vecina, linda al poniente con alcacel de Antonio Barrilero y al norte con la calle. Recuérdese que estos Barrileros fueron los pobladores del Cristo Villajos, luego está bien.

La calle Jadraque, servidumbre en su mayor parte de la Cruz Verde, de la calle Machero y del Altillo, sólo tenía dos vecinas, María Ubeda y María Lorente. Y el que fueran vecinas ya es demostrativo también, como lo es que tuvieran corrales de cincuenta varas.

La calle Montes también tenía dos vecinos y corrales de Barchinos y Marotos, sin más detalles.

Y aquí surge cierto confusionismo entre la calle de las Penas y de las Peñas. Debe tratarse de un error, pues sólo un propietario habla de la primera mientras que de las Peñas lo hacen treinta y cinco, toda una gran calle, de nombre castizo y genuino, muy propio de su terreno y transitada de siempre por Mantilla.

Tenía bastantes «artistas», panaderos dos, Bartolomé Martín de Madrid, apellido enharinado de siempre y Gregorio Campo, este lindero al sur con don Diego Moreno Barchino. El agrimensor Gabriel de la Hera, lindero de Mantilla y de tierras llecas. Antonio Vela Arriero, Juan Cencerrado, alarifes todos sin detalles ilustrativos. Por cierto que hay otro Martín de Madrid, Antonio, que dice ser de Madrideojos y linda aquí con varios Saavedras.

Ya queda dicho que Barchino era uno de los que tenían aquí casa. También tenía un pajar Andrés Díaz Rosel y casi todos los vecinos oficinas y cocedero, como que muchas de las casas son de los Hidalgos. De nombres populares se encuentran aquí, Malrasca, los Berrios, Marcos el Cohetero y Sebastián Convento. ¡Lástima que entre tanta gente no nos digan nada para la historia!

La calle de Pineda, paralela de la anterior como dos cañones de escopeta de diferente longitud empalmados lateralmente, hoy, por la Plaza de Ligerero, con la mitad de vecinos que la de las Peñas, pero igual de inexpresivos.

Juan Garipola, que tiene la calle al poniente, dice que linda al norte con la Placeta de Villajos. ¿Llegaría la calle de Pineda hasta el Cristo? No se encontraría raro, ciertamente.

Con Garipola linda el molinero Gabriel Castellanos, que linda a oriente con Diego García Vaquero y lo mismo al sur. No se olvide que se está hablando del año 1750.

Había un vendedor, Diego Ortiz, y Juan Chocano tenía media casa partición con Juan Maromas, sin más detalles.

La calle Tribaldos la encontramos ya como tal calle en la relación de la Puerta de Villajos, pero tuvo algo de callejuela por sus extremos, sirviendo a las casas de la calle del Cristo.

En esta época tenía tres vecinos, uno de ellos panadero, Gregorio Campo, por lo que se ve que ya era querenciosa de horno dicha calle.

Uno de los vecinos, Bartolomé Morollón, nos deja perplejos al decir que linda al norte con la calle de Toledo. Cualquiera lo entiende. ¿Habría alguien por allí que se llamara Toledo?

Se aludió en otros escritos a la calle de Ubeda, habitada por el Hidalgo Francisco Antonio Saavedra, que linda a oriente con la calle de los Muertos y al sur y poniente con casa del Beneficio de Santa Quiteria y al norte dicha calle de Vega. Se supuso que dicha casa podría ser la de Sebastián Logroño, pero...

Veamos qué nos dicen los siete vecinos de la calle «Vega», pero ninguno de ellos sirve para identificar la calle, aunque varios eran «artistas»: Francisco González, tintorero, María Carrascosa, panadera, Pedro Villavías, calderero y Juan Pérez Pedrero, carpintero, todos con linderos personales sin relieve, como los tres restantes. ¿Pudiera ser la calle Vega el trozo comprendido entre la calle de los Muertos y la calle de la Trinidad?

* * *

SUCEDIDO

El tío Sebastián tenía una hija y el día de San Antón se fué con su madre a Lillo a la fiesta. El tío Sebastián, hombre muy mirado, les dice:

—No vayais a hacer tarde, que por la noche no andan más que las personas de mal vivir.

A los tres días no habían vuelto y al cuarto lo hicieron a las once de la noche porque volcaron. Lo contaron todo y al acabar dice el tío Sebastián:

—Puñeto, tres soles y a oscuras.

CALLES INDETERMINADAS

Lo esencial del callejero viejo y nuevo es conocido y se podrá continuar su descripción para cotejar detalles, pero hay un grupo de calles que no le suenan a nadie y habrá que esperar al final del trabajo para ver si en algún momento se las coge por los pelos.

En otros apartados se han citado algunas de ellas, pero donde hay siempre queda y tenemos por ejemplo las calles de los Castillos y la calle de las Castillas, que hay que suponer sea la misma.

Con el nombre de calle de las Castillas hay dos vecinos, Manuel Cerezo y Josefa Romero, que ni por los nombres ni por la calle ni por los linderos arrojan ninguna luz.

La calle del Castillo, no de los Castillos tiene más sentido.

Esta tiene tres vecinos, Juan López Zarco, Juan Alonso Fernández Monedero y Domingo Fernández Monedero linda con Manuel Cerezo, que es uno de los vecinos de la calle anterior y nos confirma en la creencia de tratarse de la misma calle, si bien los linderos de Domingo plantean una duda tremenda, pues el Castillo podría ser el Torreón, pero resulta que Domingo linda al sur con la María la Castilla, dice, y el poniente con Josefa la Ramira, lo que significa que a la calle se la llamaría de las Castillas por vivir éstas en ella y lo de Castillo sería por su padre y no por ninguna fortaleza.

Estas conclusiones son muy probables, pero nos queda por el momento la ignorancia de la calle a que se refieren.

Otra calle un tanto insegura es la de los Cipreses, con tres vecinos, María Olivares, Manuel Quiralte y Guía Morales, todos con vivienda baja. Quiralte dice que linda a oriente con la Mina y al norte con la calle de los Cipreses.

La Guía tiene una séptima parte de casa, linda al sur con la calle al poniente con la Huerta de Nuestro Padre San Francisco y al norte con la calle.

La calle de los Cipreses podría haber sido, la que va de la Mina a Fray Patricio Panadero, más allá de Paco Paniagua, que es la única que concuerda con las orientaciones señaladas.

La calle de la Huerta de Pinilla para unos y simplemente de Pinilla para otros, aunque más poblada que las anteriores resulta difícil de localizar por el momento.

En ella Juan Simón Castillo, con vivienda baja y cueva de seis tinajas que caben 160 arrobas, linda al sur con la calle.

José Morales tiene una tercera parte, partición con Juan Francisco Morales, que linda al norte con la calle de las Panillas. Es hasta ahora la única mención que encontramos de la calle de las Panillas.

Diego Portillo tiene su casa en la Huerta de Pinilla y linda a oriente con el camino de dicha huerta y al norte con corrales de Juan Díaz Maroto.

Antonia Rodríguez linda a oriente con tierra de Pedro Rioja y al poniente con la calle.

Rosa Maroto lindera de Juan Morales, linda al sur con la calle y al poniente y norte con dos corralazos.

María Fernández tiene linderos personales. Pedro Pozo, panadero, linda al norte con la calle y Mateo Roperero Cruces lo mismo por el saliente y por el sur con la placeta de Cebadilla. Esta alusión plantea nuevas dudas, tanto en cuanto a la huerta de Pinilla como en cuanto a la placeta de Cebailla, que se supuso al final de la calle Morón.

Curiosa por demás y muda cual ninguna es la calle del Juego de Bolos.

Mantilla tenía en ella una casa, pero sin más indicaciones. ¿Podría estar este juego a la salida de la calle de las Peñas?

Juan Barrejón lindaba al poniente con la calle.

Manuel Ximénez tenía linderos personales.

Manuela Lucía Carpió lindaba al norte con la calle y Francisco Córdoba también lindaba al norte con la calle, sin que se puedan averiguar más detalles por el momento.

La calle Mojados tiene un solo vecino, Vicente Díaz del Río. Su casa tiene oficinas y cuarto de bodega con diez tinajas que caben 350 arrobas. Linda al sur con la calle, al poniente con casa de Fernando Aguilera y al norte otra de Pedro Mantilla, veintidós varas de frente, catorce de fondo, patio de seis y corral de dieciséis. ¿Será muy aventurado suponer que la calle Mojados lo fuera la de Tintoreros actual, entonces callejuela o callejón? Como callejón se ha visto aludida en otros pasajes y el hecho de que su único vecino fuera Vicente del Río, pariente cercano y lindero de Mantilla, lindando también con Sánchez Bao le da a este supuesto muchos caracteres de verosimilitud. Ya lo encontraremos en la calle del Verbo.

La calle de Peláez se puede tener la seguridad de ser uno de los casos de duplicidad de nombres, incluso uno de los tres vecinos afincados en ella la llama Placeta y la María Cano dice lindar al saliente con la casa de la Santa. Esta Santa, claro, no es la que hemos conocido todos en la Cruz Verde. Y ya no hay por ahora más detalles de la calle de Peláez, nombrada así por vivir allí dicho señor, pero sin ser ese su nombre.

La calle de Perdonavidas es un gran nombre de calle y seguro mote de algún vecino que se lo pegó al paraje. El Hidalgo don Juan Casimiro Zeledón, que tantas casas hizo, tenía allí una, baja, que lindaba a oriente con la calle, al sur con el camino del Vía Crucis y al norte con José Orea. Por lo tanto éste, al sur con don Juan Casimiro, pero también lo hace con José Peláez antes aludido.

Miguel Tejado linda a oriente con la huerta de Inocente Merino y al norte con la calle.

Angela Fernández linda al sur con la huerta de Francisco Maza, poniente y norte la calle y María Rodríguez, vecina como todos los anteriores de la calle de Perdonavidas, linda al poniente y norte con alcael de Francisco Maza.

No consta en ninguna parte hasta ahora, pero el hecho de lindar estos vecinos con huertas y alcacelles quiere decir que la calle de Perdonavidas estaba en las afueras y lindando don Juan Casimiro al saliente con el camino del Vía Crucis, significa que su casa estaba en la calle de este camino que lo era donde está el Asilo y precisamente en la misma acera puesto que linda al saliente con el camino, camino que por lo del Vía Crucis tomó el nombre de calle de las Cruces que llegaban hasta el Sepulcro.

Siendo todo aquello campo resulta ahora difícil, con los datos que se conocen, puntualizar cual pudiera ser la calle de Perdonavidas, pero el nombre ahí queda para una necesidad.

Quintana y Quintanar son calles difíciles de puntualizar a esta distancia, sin ningún dato y con nombres raros de los vecinos, José Lila, Isabel Magras, Octavio Benavente, etc. La calle tiene tres vecinos que no permiten identificar nada, al menos por el momento.

Otro tanto puede decirse de la calle Robledo, con un solo vecino, que se apellida Cardona, detalle relacionable con el pozo de su nombre.

La calle de San Cristóbal tiene un solo vecino, María Izquierdo, sin ningún detalle que permita identificarla.

Alfonso Calcerrada dice que vive en la calle Tejera e Ignacio Ximénez de la Castellana en la calle que va a la Tejera. Calcerrada dice que su casa linda al sur con el camino de Herencia. Ximénez, que linda a oriente y sur con la calle, lo hace al norte con la salitrería de Bonifacio Santa María, luego esta calle hay que considerarla desaparecida en los terronteros de los Sitios.

En la calle de Tello viven tres hermanos o tienen casa allí, Francisco, Juan y José Martín Morales. Sólo tienen partes, con un cuarto hermano, Manuel, como resultado de una herencia. Francisco dice que linda a oriente con la calle de las Penas, ¿?, al sur con el Convento de la Concepción, al poniente y norte la calle.

Se trata de una calle de nombre personal que no puede puntualizarse.

Nombre chocante es el de la calle Tociña, con tres vecinos, uno de los cuales es albeitar, Pedro Martín de Madrid, que linda a oriente con la callejuela de la Placeta Albertos y al poniente y norte dicha calle. Juan Cardona es lindero de dos de los tres vecinos de la calle que no se puede determinar.

Las Caras de Dios

Varias veces se ha hecho mención de este nombre sin llegar a localizarlo. Veamos si la relación de los vecinos permite puntualizarla, pues no estaba solitaria la calle ni mucho menos.

María González daba al norte con la calle y lindaba con otra de Francisco Marañón.

Manuel Alvaro Requena tenía la calle al sur y linderos personales. Julián Librado tenía una casa en partición con su hermano Francisco.

Gregorio Librado otra mitad, partición con la vecina primera, María González.

Juan Leal lindaba a oriente con Pedro Cenascuras. José Casero lin-

daba al sur con la calle y Antonio Núñez Santos lindaba a oriente con Matías el Mariscal, sur y poniente la calle y al norte con los herederos del Gallo.

Antonio Díaz Mínguez lindaba a oriente con tierra de la viuda la Millana, debiendo suponerse que la calle estaba en las afueras y al norte la calle

Joaquín Maroto linda a oriente con una casa de las Monjas de San José, sur, poniente y norte, la Placeta y dicha calle, detalles que ya permiten aproximarse a su situación al final de la calle de San Juan y no en las proximidades de la calle de las Peñas como habían inducido a pensar algunos datos de otras descripciones.

José Casero lindaba al poniente y norte con calles reales y José Ajenjo Soldado linda a oriente y sur con el camino del Lugar Nuevo, poniente molino de aceite de don Gerónimo Muzor, nombre que aparece por primera vez y al norte calle real, luego la calle era larga y lo acredita su vecindad.

José Díaz Villarejo linda al norte con la calle y Clara Barrejón linda a oriente con la callejuela que sale de las Piedras de Zamora, el Porcarrizo.

José Camacho linda al norte con la calle.

Todos los detalles están a favor de que la calle de las Caras de Dios lo fuera la calle de Santa Ana actual, pero el caso es que la calle de Santa Ana también existía entonces y con mucha vecindad, sin seguridad de que lo fuera la de ahora, cosa que se tratará de ver al abordar su estudio, pero sigamos con las Caras de Dios.

Catalina Flores lindaba al norte con la calle y con don Francisco Marañón el poniente.

Ana María Barrejón linda al poniente con la calle y Ana García Orea lo hace al sur.

Silvestre Moreno, de la Villa de Arenas, linda al sur con la calle y al norte con la casa del beneficio de la Parroquia de Santa María.

Abordemos ya el estudio de la calle de Santa Ana tratando de confirmar o rectificar la hipótesis formulada.

Calle de Santa Ana

Diecinueve o veinte propietarios de casa tenía esta calle de 1750, suscitándose muchas dudas de cual pudiera ser entonces la referida calle.

El primer vecino lo es don Eugenio López Guerrero, de estado Hidalgo, que linda a oriente y sur con calles reales, al norte la calle y al poniente José López Guerrero.

Juan Barrejón Román era de los labradores más ricos y tenía casa baja, con oficinas para un labrador, patio, corral y bodega con cinco tinajas que cabían 100 arrobas, lindando al sur con Francisco Roperero Tardío y al poniente y norte calles públicas.

Francisco Ramos, casa baja, con oficinas y bodega de tres tinajas que caben 105 arrobas, linda al sur y norte calles públicas. Tiene otra casa contigua.

Antonia Guillén Casero tiene media casa, pero dice que en la Pla-

ceta de Santa Ana, placeta que no se vio al tratar de las plazuelas. Linda al poniente y norte con las calles reales.

Juan Antonio Cervantes, también acaudalado, tiene vivienda alta y baja y oficinas con cuartos de bodega y siete tinajas que caben 400 arrobas. Linda a oriente con casa de las Monjas de la Concepción y al sur la calle.

Manuel Millán da al sur con la calle y Juan Caravaca da al norte con la calle y al poniente con Manuel Fortuna.

Manuel Delgado, casa baja con dos tinajas de 50 arrobas que linda al sur con la calle y Miguel Cortés la sexta parte de una casa, que linda al saliente con el camino de Manzanares, primer dato positivo que está a favor de la calle actual.

Pedro Cárdenas Cervantes linda al norte con la calle y María Ortiz al sur, pero por el norte linda con las Peñas de Zamora, segundo dato positivo a favor de la calle actual, más demostrativo que el anterior.

Vicente Guillén linda al norte con la calle y María Marchante, tintorera, tiene linderos personales, siéndolo al norte la María la Meca.

José Martín del Hoyo, panadero, tiene linderos personales y Cristóbal Martines Carramolinos, molinero, linda a oriente con la Callejuela Cerrada, al poniente la Ermita de Santa Ana y al norte con calle real.

Ya se puede confesar el error previo de considerar que no fuera la actual la calle de Santa Ana antigua, fundada en la calidad del vecindario y en su número, pero hay que reconocer que entonces era aquello el corazón de la Villa, ahora bien, ¿dónde estaba la Ermita de Santa Ana?

Tomás García Parra lindaba a oriente con dicha calle y Juan Ligero tenía linderos personales.

Pedro García Botija tiene su casa en la Placeta de Santa Ana y linda a oriente con la Ermita y al norte con la Placeta. ¿Cuál era la Placeta donde estaba la Ermita? ¿Lo era la de San José actual? Recordaremos que en la placeta de San José había un solo vecino que lindaba con dicha placeta al saliente y a los demás aires con la calle de Santa Ana. Parece que las preguntas se contestan afirmativamente.

* * *

SUCEDIDO

Se recordará lo referido respecto de la convivencia silenciosa de muchas parejas de hermanos en la villa, por lo general del mismo sexo, entre ellos algunos del Tío Joaquín Vela y los hermanos de Don Joaquín, todos de una calma ilimitada.

Pues bien, ya en esta época, uno de los Cristos que eran muy callados venía con una castillada de melones. Echó de menos uno de agua y se volvió, encontrando un coche en el camino que llevaba buena marcha y le hizo alto, deteniéndolo con evidente contrariedad de los ocupantes. Se acerca con calma y dice:

—Han visto “ustés”, por casualidad, una sandía que me sa caído.

Saltaron todos en los asientos con denuestos por la embajada y como impulsando al conductor exclaman:

—Amos anda, tira, vaya el de la sandía.

Y el pobre hombre siguió andando desconsolado en busca de su melón.

CALLES DE ENLACE

Lo es en primer término y antes que ninguna otra cosa, la **Corredera**, creada por la necesidad desde el momento de saltar el arroyo en su punto más vadeable y como acceso el más cómodo y único desde la Plaza, para cruzar al pueblo nuevo. Está justificada su importancia primera y su gran vecindad —treinta propietarios— si bien no se explique la decadencia posterior en que la conocimos, hasta el punto de irse Beaumud a hacer las casas como si se fuera al otro mundo.

No solamente era el número de vecinos sino la resonancia de los apellidos, el hermano de don Diego, don Juan Manuel Moreno Barchino, de estado Hidalgo, Andrés de Silva, Vicente del Río, Millán, Romero Mercado, Cárdenas Cervantes, etc.

Barchino tenía la calle al poniente, como Lorenzo Utrilla, que lindaba al sur con otra de las Monjas de la Concepción y al norte con casa de Nuestra Señora del Rosario de Santa María.

Vicente del Río lindaba al poniente con su propia salitrería, cosa que también le pasaba a Millán, sólo que la salitrería lindera era de Segundo Peña y al norte Creñal de Pedro Díaz Maroto.

Facundo Barchino también tenía por allí corrales y muchos lindan con las salitrerías, propias o ajenas, y dan a la Redondilla al poniente, cosa natural, como pasaba y pasa en la calle Torres y la Cruz Verde, pero aquí más por ser la Redondilla más callejuela.

De «artistas» vivía allí un oficial de libros, Nicolás Villarreal, que precisamente daba a la Redondilla, como Peco, el panadero. También había un sastre, Márquez, tan inexpresivo como los demás.

La calle de la FERIA era como la continuación de la Corredera para ir a la Plaza tomándole la vuelta a los corrales y era camino, al mismo tiempo, para el cementerio, desde la Parroquia.

Su vecindad, compuesta por veinte propietarios, era del mismo tono que la de la Corredera y algunas casas se comunicaban con ésta, como la del Hidalgo Cristóbal Guerrero. Por cierto que Pedro Blas Sánchez Arias linda a oriente con la calle, al sur Juan Romero Matamoros y al poniente la Rondilla, y norte Francisco Loza. Ninguna casa de la calle de la FERIA puede comunicar con la Rondilla y las únicas que lo hacen son las de la Plaza de la Aduana, que entonces no existía. ¿Sería esta plaza también calle de la FERIA?

Todas las casas tenían cocedero y Catalina Arteaga de Silva uno de 200 arrobas y lindaba al poniente con una huerta de don Diego Barchino, por si era poco tener veinte vecinos. A la hacienda de doña Catalina le correspondía el oficio de Fiscal de lo Civil y de lo Criminal de la Villa, Real Título que no estaba en uso por falta de persona que lo desempeñara.

Se van entresacando los únicos detalles dignos de mención. Había un cuarto Herrería de Polonia Díaz y vivía en dicha calle el sangrador Antonio Bermudes, con dos casas. Juan Martín Carramolinos, molinero y Mateo Millán, vecino de El Pedernoso.

ACTOS PRIMEROS DEL CASINO

Apenas aparecido en el fascículo 28 el trabajo sobre el Casino, se reavivó el interés alcazareño de Agustín Paniagua, despierto y agudo en toda ocasión, y aportó nuevos detalles sobre los primeros pasos del Casino, que son útiles, también, desde el punto de vista del interés histórico de la Villa.

Es evidente que una vez de acuerdo para constituir el Casino, lo primero sería buscar casa para instalarlo y, según las pesquisas de Agustín, alquilaron la número siete de la Plaza Vieja, que se llamaba, dice, casa del Alguacil o cárcel de la Gobernación y pertenecía a la *Gran Dignidad Prioral de la Orden de San Juan de Jerusalén*.

En varios momentos de esta obra se ha hablado de las interesantes casas de la Plaza y en el mismo fascículo 28 se alude a ellas nuevamente a propósito de la Casa de las Comedias y cotejando las anotaciones de don Enrique Manzanique, a las que debe concederse un valor casi absoluto a este respecto.

La casa de la Gobernación, llamada así por vivir en ella el Gobernador, lo era la número 5, conocida después como de don Alvaro. La número 7 era la del otro lado del rincón, es decir, donde estuvo el Teatro, siguiéndole las restantes hasta la esquina de la Plaza del Sol.

Quede sentado que la casa del Gobernador era la número 5 y el número 7 era la casa del Alguacil o Cárcel de la Gobernación, cosa lógica porque la autoridad tenía antes siempre cerca algún reducto donde recluir a los delincuentes y a cargo del Alguacil, naturalmente, porque no iba a estar el Gobernador guardándola.

Por lo mucho que se ha hablado ya de las casas, es útil el conocimiento de la descripción que hacen los escribanos de ésta. Para todos ellos y son varios los que intervienen, es igual decir casa del Alguacil que Cárcel de la Gobernación, lo uno implica lo otro, al parecer. El Juez mismo dice al describirla que es «la Casa llamada del Alguacil o sea Cárcel de la Gobernación», señalada con el número 7 y que se compone de unas fachadas de dos anchuras con su puerta principal de entrada, un portal, un cuarto a la derecha con su puerta y dos rejas y ventanas. Otro cuarto a la izquierda con su puerta, ventana y reja, un cuarto dormitorio con su puerta, todos por bajo. Por alto hay una habitación salón que tiene tres antepechos de hierro con sus ventanas, un balcón con sus puertas ventanas y una puerta principal de entrada, midiendo todo 2.112 pies superficiales, o sea 163 metros 27 centímetros y 4 milímetros, que ya es afinar con la cinta. La segunda línea consta por bajo de una sala con su puerta ventana a la izquierda y dentro de ella hay un sótano de 18 varas de largo y 3 de ancho, de un lugar excusado y su pasillo, una escalera de subida a las habitaciones altas, habiendo debajo de ellas una despensa con sus basares y puerta. Por alto antesala con su puerta, una cocinilla con puerta y ventana, un corredorcillo con su puerta y otro que sirve de paso al lugar excusado,

luego había retrete arriba también, cosa difícil de explicar y rara cuando en todas las casas había que ir al corral y era imposible el aseo ni abajo cuanto ni más arriba. Hay que suponer la existencia de una tabla horadada en cada excusado, en comunicación con el mismo estercolero, sin más diferencia que la altura y diferente grado de columpiación de las deyecciones. Todo medía 1.152 pies, o sea 89 metros 43 centímetros y 84 milímetros.

Un patio, sin empedrar, de 2.475 pies, o sean, 192 metros 15 centímetros y 28 milímetros, una habitación a la derecha del patio que la mitad está ruinoso aunque cubierta, y la otra mitad sin cubrir, de 630 pies, o sea, 48 metros, 91 centímetros y 16 milímetros. Un descubierto pasillo para la portada, con tapias propias y medianeras, ruinoso, que mide 1.340 pies, o sean, 104 metros, 3 centímetros y 42 milímetros. Y de otro descubierto, lleno de escombros, con un pozo y sus murallas medianeras que están por el suelo, los cuales miden 2.755 pies, o sea, 213 metros, 89 centímetros y 3 milímetros.

La referida casa se compone de 10.464 pies superficiales, o sea, 812 metros, 39 centímetros y 87 milímetros, y linda con las casas llamadas de la Gobernación y la que habitan los priores de la Iglesia Parroquial de Santa Quiteria.

Los peritos no incluyen, por ser del dueño que llevaba en arrendamiento el inmueble, las vidrieras, mamparas, entarimado de madera de la habitación de la derecha, las dos puertas de los roperos de la habitación de la izquierda, la ventana y puerta alacena del cuarto dormitorio, las puertas y ventanas de los lugares excusados, las tres puertas que hay en el patio, las dos de los cuartos de arriba donde sirve para escenario y todo lo que hay en el salón grande donde se coloca éste, luego ya se ve que la Cárcel se convirtió en teatro y que la vida comedia es, duplicando el local de los espectáculos teatrales y empañando un tanto la alegría del hallazgo de la Casa de las Comedias, demostrando que al Teatro de la Plaza le venía de casta el arte dramático, como al galgo el tener el rabo largo.

La finca fue tasada en 3.586 escudos y 200 milésimas para sacarla a la subasta, quedando el remate a favor de Pedro Peñuela, mayor de edad, casado y propietario, en 5.007 escudos y 500 milésimas, equivalentes a 12.518 pesetas y 75 céntimos, pagaderas en 15 plazos.

Aparte de las alusiones de que han sido objeto las casas de la Plaza en los fascículos anteriores, en este mismo de la tercera parte de la Toponimia local, aparecen muchos datos que ayudan a su conocimiento, pero era de justicia puntualizar el conocido interés de Agustín Paniagua y dejar constancia de sus aportaciones con el reconocimiento que merecen.

Tal vez sea Agustín el hombre mejor informado actualmente de la vida del Casino, no sólo por llevar 39 años de Secretario ininterrumpidamente —desde el 20 de diciembre de 1930— sino por la generosa entrega con que lo ha desempeñado, que le ha valido el nombramiento de Secretario General Vitalicio por su mérito excepcional, a partir del 27 de noviembre de 1955 en que se le nombró en Junta General Extraordinaria.



Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA
Primo de Rivera, 4
Alicazar de San Juan - 1969